

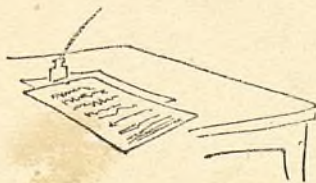
HORA DE ESPAÑA

REVISTA MENSUAL

VIII

SUMARIO:

II CONGRESO INTERNACIONAL DE ESCRITORES. SU SIGNIFICACIÓN: *Corpus Barga*, DISCURSOS de *A. Machado*, *M. A. Nexo*, *J. Benda*, *Fernando de los Ríos*, *Anna Seghers*, *Bergamín*, *Ehrenburg*, *Corpus Barga*, *M. Cowley*, *Claude Aveline*, *Jef Last*, *Nordhal Grieg*, *Feedor Kelyin*, *André Chamson*, *Tzara*, *Spender*, *J. Martnello*, NOTAS. PONENCIA COLECTIVA



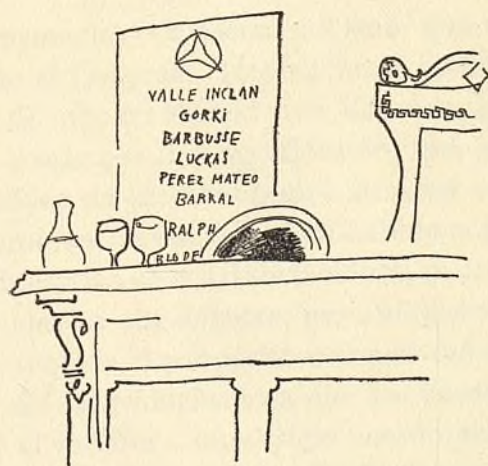
Viñetas de Ramón Gaya. Valencia, Agosto, 1937.

ENSAYOS
POESÍA
CRÍTICA

HORA
DE
ESPAÑA

Tipografía Moderna, Avellanas, 9 - Teléfono 11062 - Valencia.

ENSAYOS
POESIA
CRITICA



AL SERVICIO
DE LA CAUSA POPULAR

EL II CONGRESO

INTERNACIONAL DE ESCRITORES

SU SIGNIFICACIÓN

Las circunstancias—la fuerza del sino, que dijo el poeta—han hecho que el Congreso Internacional de Escritores, celebrado el mes de julio en Madrid y en Valencia, haya tenido una significación, y más que una significación, una justificación que ninguna asamblea de literatos podrá alcanzar ordinariamente.

Otras reuniones de escritores ha habido y habrá más brillantes, más literarias en sus disertaciones, o de mayor interés, más intelectuales en sus debates; pero ninguna mejor que ésta podrá nunca realizar el propósito con que fué convocada.

Después del individualismo a que ha llevado la literatura—al lector y al escritor—en el siglo pasado, todo Congreso de escritores tiene que parecer en seguida dirigido a perderse en el terreno vago de lo improbable; pero las catástrofes espirituales de nuestro siglo, el fracaso de nuestra civilización, han despertado el deseo de nuevos concilios, posibles academias y renovados banquetes.

La Sociedad de Naciones ideó la Cooperación Intelectual; los escritores ingleses, la Asociación Internacional de los clubs de la Pluma. El ensañamiento de los Estados fascistas en perseguir a las letras y a las ciencias provocó la formación de la

Alianza de Intelectuales Antifascistas, cuyo I Congreso tuvo lugar hace dos años en París bajo el signo de la explicación del más puro individualismo literario dentro del comunismo, la conversión del moralista francés André Gide que, naturalmente, no era una conversión sino una investigación más, en busca del hombre, realizada por uno de los escritores europeos más aguda y encarnizadamente atentos al hombre en sí mismos.

Aquel Congreso de París, en cuyos debates tomaron parte algunos de los escritores escogidos del mundo, puede que haya sido trascendental. No cabe satisfacerse diciendo que lo ha sido porque en el estado de fusión, de confusión en que viven ahora las sociedades es ilusorio establecer sobre materias de tal índole relaciones de causa a efecto. Lo que sí ha trascendido es que aquel Congreso se reunió para hacer un acto de oposición a la barbarie fascista y también para hacer una exploración, para ejercer una acción en pro de la cultura en la sociedad nueva del comunismo.

Esto último hubiese sido el tema central del II Congreso de Escritores convocado por la Alianza Internacional de Intelectuales Antifascistas si las circunstancias—la fuerza del sino—no hubieran predispuesto su celebración en el país donde los Estados fascistas habían de dar sus primeras batallas internacionales.

Los representantes de las Alianzas Nacionales reunidos en Londres el año pasado, antes de que Roma y Berlín promovieran en España la rebelión de Franco, acordaron la celebración del II Congreso en España. Después de la rebelión, los representantes de las Alianzas reunidos en Madrid se afirmaron en mantener el acuerdo. Así, el Congreso convocado en España no podía alentar más que un propósito: el de que los

hombres que tienen «por razón de ser las realidades del espíritu» dijese, aunque sólo fuera un momento: ¡presentes!, a los soldados de la transformación del mundo real. El Congreso, sobre todo en Madrid, sólo podía ser un acto de guerra.

Y precisamente por serlo tuvo que rechazar como un arma de que podía servirse el enemigo lo que hubiese sido, si no hubiera habido guerra, su preocupación central, su tarea activa, no de anti sino de pro, la que ya ejerció André Gide en el I Congreso y que el mismo André Gide, ausente del segundo, ha vuelto a presentar con la publicación de su libro «Retouches» sobre su viaje a la Unión Soviética. André Gide no ha tenido cuenta de la relatividad del tiempo.

Por ahora se ha perdido la medida de todas las cosas, mucho más si esta medida es el hombre; es decir, que se está en guerra, en la verdadera guerra europea, de la cual la gran guerra fué—con toda su enormidad—únicamente el comienzo. Guerra sin cuartel y sin neutralidad. El escritor que no hace política, hace esta guerra. Se ha alistado en este Congreso para hacerla otro moralista francés, Julien Benda, el autor del libro cuyo título es ya popular: «La trahison des clercs», libro que acusa a los intelectuales europeos de hacer la guerra, de hacer política, de rendirse a un partido.

Con estas dos notas, la tercer nota intelectual de este Congreso ha sido su conclusión natural, el acuerdo de hacer un llamamiento para la defensa de la cultura partiendo de las realidades que en tal defensa han visto los congresistas en España. El llamamiento lo redactará André Malraux.

El Congreso en su totalidad ha realizado más que literariamente, vitalmente, el propósito que lo convocó. Pasado el Pirineo, se encontró en la España tachada de caótica con una

gran ciudad europea de vida normal: Barcelona. Reconoció la España venerable y romántica en Gerona y en Tarragona; la España de luz y de sombras, en Peñíscola, que es—hecho realidad—un cuadro de Picasso. En Valencia recibió el saludo de la República; el presidente del Consejo Sr. Negrín abrió la primera sesión; el presidente de las Cortes Sr. Martínez Barrio, cerró la última.

Y fué en Madrid donde los escritores que—cual ha dicho luego en París Heinrich Mann—tienen por razón de ser las realidades del espíritu destinadas a transformar el mundo real, vivieron la primera noche lo que iban buscando, la transmutación del viejo adagio europeo: «la letra con sangre entra». Caían en las calles las granadas fascistas, las que vienen a meter la letra con sangre. Contestaban los cañones republicanos que defienden—o fracasarán aunque triunfen si no lo defienden—la libertad del pensamiento. Esta vez no es una metáfora: la letra sale con sangre. Con sangre del pueblo, de todos los pueblos que luchan en Madrid.

Pero donde las letras, todas las letras extranjeras venidas a España, hasta las de un letrado chino, se encontraron y se entendieron con el pueblo que canta y no escribe, fué en un lugar castellano—Minglanilla—en el camino de Madrid a Valencia. Allí las mujeres, los niños y los viejos—todos los habitantes—vinieron a cantar bajo las ventanas del Ayuntamiento donde los hombres de letras extranjeras partían los buenos panes redondos que aún se cuecen en los hornos de Castilla la Nueva.

Los hombres de letras salieron a la plaza pública, cantaron también, cada uno con su letra. «Y en diferentes lenguas es la misma canción». Mil voces y una sola voz, un abrazo y mil abrazos unieron al mundo letrado y al pueblo analfabeto. Una

mujer castellana toda de negro, desde el pañuelo de la cabeza hasta los zapatos (porque se había puesto zapatos como los días de fiesta) estaba abrazada a una escritora inglesa y le contaba al oído dulcemente su pena. El marido fusilado, los hermanos muertos en la guerra. Detrás de la mujer enlutada un niño se escondía en sus faldas. La escritora inglesa, sin conocer el castellano, la comprendía y la consolaba, la estrechaba cada vez más en su abrazo. Acabaron las dos mujeres paseándose abrazadas, en silencio, llorando sin lágrimas bajo el sol implacable como el destino.

El niño seguía detrás, no soltaba las faldas de su madre mientras otras vecinas que contemplaban la escena hacían comentarios:

—No es propiamente de aquí, es una refugiada—decían de la mujer vestida de luto, y añadían por la escritora inglesa:

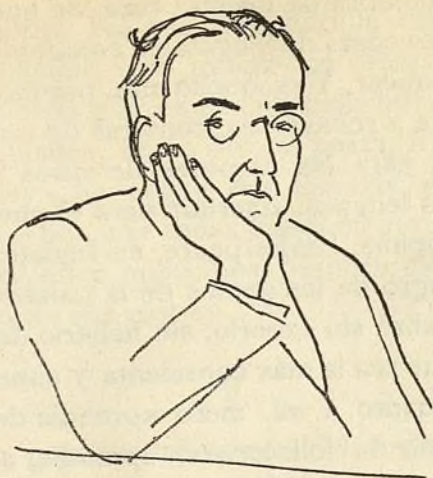
—Sin duda ha encontrado a una de su pueblo, que la está consolando.

Decían verdad las vecinas de Minglanilla y mienten los Gobiernos de Europa. La castellana analfabeta había encontrado a una de su pueblo en la escritora inglesa, la cual había tenido que subir ya al automóvil y sacando su busto seguía abrazada, no quería separarse de su «paisana». Pero el automóvil arrancó; entonces, la mujer analfabeta de Castilla tuvo uno de esos gestos naturales que son la inspiración de un pueblo secularmente culto, con la cultura transmitida de viva voz, en gesto vivo. Cogió al niño que se escondía en sus faldas y lo alzó en ademán de saludo. El sol, blanco de fuego, esculpía aquella estatua dinámica.

El niño tendía las manos como un Jesús de Montañés. Hijo de cien generaciones de uno de los pueblos más fértiles

en humanidad: la castellana alzaba cara al sol una encarnación del futuro que—al igual de este niño poco después en el regazo de su madre—duerme en el seno de la victoria.

CORPUS BARGA.



ANTONIO MACHADO

SOBRE LA DEFENSA Y LA DIFUSIÓN DE LA CULTURA. *Discurso pronunciado en Valencia en la sesión de clausura del Congreso Internacional de Escritores.*

EL POETA Y EL PUEBLO

Cuando alguien me preguntó, hace ya muchos años, ¿piensa usted que el poeta debe escribir para el pueblo, o permanecer encerrado en su *torre de marfil*—era el tópico al uso de aquellos días—consagrado a una actividad aristocrática, en esferas de la cultura sólo accesibles a una minoría selecta?, yo contesté con estas palabras, que a muchos parecieron un tanto evasivas o ingenuas: «Escribir para el pueblo—decía mi maestro—¡qué más quisiera yo! Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuanto pude, mucho menos—claro está—de lo que él sabe. Escribir para el pueblo es, por de pronto,

escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla, tres cosas de inagotable contenido que no acabamos nunca de conocer. Y es mucho más, porque escribir para el pueblo nos obliga a rebasar las fronteras de nuestra patria, es escribir también para los hombres de otras razas, de otras tierras y de otras lenguas. Escribir para el pueblo es llamarse Cervantes, en España, Shakespeare, en Inglaterra, Tolstoi, en Rusia. Es el milagro de los genios de la palabra. Tal vez alguno de ellos lo realizó sin saberlo, sin haberlo deseado siquiera. Día llegará en que sea la más consciente y suprema aspiración del poeta. En cuanto a mí, mero aprendiz de gay-saber, no creo haber pasado de folk-lorista, aprendiz, a mi modo, de saber popular.»

Mi respuesta era la de un español consciente de su hispanidad, que sabe, que necesita saber cómo en España casi todo lo grande es obra del pueblo o para el pueblo, cómo en España lo esencialmente aristocrático, en cierto modo, es lo popular. En los primeros meses de la guerra que hoy ensangrienta a España, cuando la contienda no había aún perdido su aspecto de mera guerra civil, yo escribí estas palabras que pretenden justificar mi fe democrática, mi creencia en la superioridad del pueblo sobre las clases privilegiadas.

LOS MILICIANOS DE 1936

I

*Después de puesta su vida
tantas veces por su ley
al tablero...*

¿Por qué recuerdo yo esta frase de don Jorge Manrique, siempre que veo, hojeando diarios y revistas, los retratos de

nuestros milicianos? Tal vez será porque estos hombres, no precisamente soldados, sino pueblo en armas, tienen en sus rostros el grave ceño y la expresión concentrada o absorta en lo invisible de quienes, como dice el poeta, «ponen al tablero su vida por su ley», se juegan esa moneda única—si se pierde, no hay otra—por una causa hondamente sentida. La verdad es que todos estos milicianos parecen capitanes, tanto es el noble señorío de sus rostros.

II

Cuando una gran ciudad—como Madrid en estos días—vive una experiencia trágica, cambia totalmente de fisonomía, y en ella advertimos un extraño fenómeno, compensador de muchas amarguras: la súbita desaparición del señorito. Y no es que el señorito, como algunos piensan, huya o se esconda, sino que desaparece—literalmente—, se borra, lo borra la tragedia humana, lo borra el hombre. La verdad es que, como decía Juan de Mairena, no hay señoritos, sino más bien «señoritismo», una forma, entre varias, de hombría degradada, un estilo peculiar de no ser hombre, que puede observarse a veces en individuos de diversas clases sociales, y que nada tiene que ver con los cuellos planchados, las corbatas o el lustre de las botas.

III

Entre nosotros, españoles, nada señoritos por naturaleza, el señoritismo es una enfermedad epidérmica, cuyo origen puede encontrarse, acaso, en la educación jesuítica, profundamente anticristiana y—digámoslo con orgullo—perfectamente antiespañola. Porque el señoritismo lleva implícita una estima-

tiva errónea y servil, que antepone los hechos sociales más de superficie—signos de clase, hábitos e indumentos—a los valores propiamente dichos, religiosos y humanos. El señoritismo ignora, se complace en ignorar—jesuíticamente—la insuperable dignidad del hombre. El pueblo, en cambio, la conoce y la afirma, en ella tiene su cimiento más firme la ética popular. «Nadie es más que nadie» reza un adagio de Castilla. ¡Expresión perfecta de modestia y de orgullo! Sí, «nadie es más que nadie» porque a nadie le es dado aventajarse a todos, pues a todo hay quien gane, en circunstancias de lugar y de tiempo. «Nadie es más que nadie», porque—y éste es el más hondo sentido de la frase—, por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el valor de ser hombre. Así habla Castilla, un pueblo de señores, que siempre ha despreciado al señorito.

IV

Cuando el Cid, el señor, por obra de una hombría que sus propios enemigos proclaman, se apercibe, en el viejo poema, a romper el cerco que los moros tienen puesto a Valencia, llama a su mujer, doña Jimena, y a sus hijas Elvira y Sol, para que vean «cómo se gana el pan». Con tan divina modestia habla Rodrigo de sus propias hazañas. Es el mismo, empero, que sufre destierro por haberse erguido ante el rey Alfonso y exigídole, de hombre a hombre, que jure sobre los Evangelios no deber la corona al fratricidio. Y junto al Cid, gran señor de sí mismo, aparecen en la gesta inmortal aquellos dos infantes de Carrión, cobardes, vanidosos y vengativos; aquellos dos señoritos felones, estampas definitivas de una aristocracia encañallada. Alguien ha señalado, con certero tino, que el Poema

del Cid es la lucha entre una democracia naciente y una aristocracia declinante. Yo diría, mejor, entre la hombría castellana y el señoritismo leonés de aquella centuria.

V

No faltará quien piense que las sombras de los yernos del Cid acompañan hoy a los ejércitos facciosos y les aconsejan hazañas tan lamentables como aquella del «roble de Corpes». No afirmaré yo tanto, porque no me gusta denigrar al adversario. Pero creo, con toda el alma, que la sombra de Rodrigo acompaña a nuestros heroicos milicianos y que en el Juicio de Dios que hoy, como entonces, tiene lugar a orillas del Tajo, triunfarán otra vez los mejores. O habrá que faltarle al respeto a la misma divinidad.

Madrid-Agosto 1936.

Entre españoles, lo esencial humano se encuentra con la mayor pureza y el más acusado relieve en el alma popular. Yo no sé si puede decirse lo mismo de otros países. Mi folk-lore no ha traspuesto las fronteras de mi patria. Pero me atrevo a asegurar que, en España, el prejuicio aristocrático, el de escribir exclusivamente para los mejores, pueda aceptarse y aun convertirse en norma literaria, sólo con esta advertencia: (la aristocracia española está en el pueblo, escribiendo para el pueblo se escribe para los mejores.) Si quisiéramos, piadosamente, no excluir del goce de una literatura popular a las llamadas clases altas, tendríamos que rebajar el nivel humano y la categoría estética de las obras que hizo suyas el pueblo y entreverarlas con frivolidades y pedanterías. De un modo más o menos consciente, es esto lo que muchas veces hicieron

nuestros clásicos. Todo cuanto hay de superfluo en El Quijote no proviene de concesiones hechas al gusto popular, o, como se decía entonces, a la necedad del vulgo, sino, por el contrario, a la perversión estética de la corte. Alguien ha dicho con frase desmesurada, inaceptable *ad pedem litteræ*, pero con profundo sentido de verdad: en nuestra gran literatura casi todo lo que no es folk-lore es pedantería.

*

Pero dejando a un lado el aspecto español o, mejor, españolista de la cuestión, que se encierra a mi juicio, en este claro dilema: (o escribimos sin olvidar al pueblo, o sólo escribiremos tonterías, y volviendo al aspecto universal del problema, que es el de la difusión de la cultura, y el de su defensa, voy a leeros palabras de Juan de Mairena, un profesor apócrifo o hipotético, que proyectaba en nuestra patria una *Escuela Popular de Sabiduría superior*.)

*

La cultura vista desde fuera, como la ven quienes nunca contribuyeron a crearla, puede aparecer como un caudal en numerario o mercancías, el cual, repartido entre muchos, entre los más, no es suficiente para enriquecer a nadie. La difusión de la cultura sería, para los que así piensan—si esto es pensar—, un despilfarro o dilapidación de la cultura, realmente lamentable. ¡Esto es tan lógico!... Pero es extraño que sean, a veces, los antimarxistas, que combaten la interpretación materialista de la historia, quienes expongan una concepción tan materialista de la difusión cultural.

En efecto, la cultura vista desde fuera, como si dijéramos desde la ignorancia o, también, desde la pedantería, puede aparecer como un tesoro cuya posesión y custodia sean el privilegio

de unos pocos; y el ansia de cultura que siente el pueblo, y que nosotros quisiéramos contribuir a aumentar en el pueblo, aparecería como la amenaza a un sagrado depósito. Pero nosotros, que vemos la cultura desde dentro, quiero decir desde el hombre mismo, no pensamos ni en el caudal, ni el tesoro, ni el depósito de la cultura, como en fondos o existencias que puedan acapararse, por un lado, o, por otro, repartirse a voleo, mucho menos que puedan ser entrados a saco por las turbas. Para nosotros, defender y difundir la cultura es una misma cosa: aumentar en el mundo el humano tesoro de conciencia vigilante. ¿Cómo? Despertando al dormido. Y mientras mayor sea el número de despiertos... Para mí—decía Juan de Mairena—sólo habría una razón atendible contra una gran difusión de la cultura—o tránsito de la cultura concentrada en un estrecho círculo de elegidos o privilegiados a otros ámbitos más extensos—si averiguásemos que el principio de Carnot, rige también para esa clase de energía espiritual que despierta al durmiente. En ese caso, habríamos de proceder con sumo tiento; porque una excesiva difusión de la cultura implicaría, a fin de cuentas, una degradación de la misma que la hiciese prácticamente inútil. Pero nada hay averiguado, a mi juicio, sobre este particular. Nada serio podríamos oponer a una tesis contraria que, de acuerdo con la más acusada apariencia, afirmase la constante reversibilidad de la energía espiritual que produce la cultura.

*

Para nosotros, la cultura ni proviene de energía que se degrada al propagarse, ni es caudal que se aminore al repartirse; su defensa, obra será de actividad generosa que lleva implícitas las dos más hondas paradojas de la ética: sólo se pierde lo que se guarda, sólo se gana lo que se da.

(Enseñad al que no sabe; despertad al dormido; llamad a la puerta de todos los corazones, de todas las conciencias. Y como tampoco es el hombre para la cultura, sino la cultura para el hombre, para todos los hombres, para cada hombre, de ningún modo un fardo ingente para levantado en vilo por todos los hombres, de tal suerte que sólo el peso de la cultura pueda repartirse entre todos, si mañana un vendaval de cinismo, de elementalidad humana, sacude el árbol de la cultura y se lleva algo más que sus hojas secas, no os asustéis. Los árboles demasiado espesos, necesitan perder algunas de sus ramas, en beneficio de sus frutos. Y a falta de una poda sabia y consciente, pudiera ser bueno el huracán.

*

Cuando a Juan de Mairena se le preguntó si el poeta y, en general, el escritor debía escribir para las masas, contestó: Cuidado, amigos míos. Existe un hombre del pueblo, que es, en España al menos, el hombre elemental y fundamental, y el que está más cerca del hombre universal y eterno. El hombre masa, no existe; las masas humanas son una invención de la burguesía, una degradación de las muchedumbres de hombres, basada en una descualificación del hombre que pretende dejarle reducido a aquello que el hombre tiene de común con los objetos del mundo físico: la propiedad de poder ser medido con relación a unidad de volumen. Desconfiad del tópico «masas humanas». Muchas gentes de buena fe, nuestros mejores amigos, lo emplean hoy, sin reparar en que el tópico proviene del campo enemigo: de la burguesía capitalista que explota al hombre, y necesita degradarlo; algo también de la iglesia, órgano de poder, que más de una vez se ha proclamado instituto supremo para la salvación de las masas. Mucho

cuidado; a las masas no las salva nadie; en cambio, siempre se podrá disparar sobre ellas. ¡Ojo!

Muchos de los problemas de más difícil solución que plantea la poesía futura—la continuación de un arte eterno en nuevas circunstancias de lugar y de tiempo—y el fracaso de algunas tentativas bien intencionadas provienen, en parte, de esto: escribir para las masas no es escribir para nadie, menos que nada para el hombre actual, para esos millones de conciencias humanas, esparcidas por el mundo entero, y que luchan—como en España—heroica y denodadamente por destruir cuantos obstáculos se oponen a su hombría integral, por conquistar los medios que les permita incorporarse a ella. Si os dirigís a las masas, el hombre, el *cada hombre* que os escuche no se sentirá aludido y necesariamente os volverá la espalda.

He aquí la malicia que lleva implícita la falsedad de un tópico que nosotros, demófilos incorregibles y enemigos de todo señoritismo cultural, no emplearemos nunca de buen grado, por un respeto y un amor al pueblo que nuestros adversarios no sentirán jamás.

ANDERSEN NEXO (DINAMARCA)

Contestación al discurso de saludo del Presidente del Consejo de Ministros, Dr. Negrín

En nombre de nuestra organización quiero dar las gracias al Presidente del Consejo de Ministros y decir por qué hemos venido a España. Quiero también expresarle la gran alegría que hemos tenido al venir.

Hace unos cuantos años, cuando todavía yo era un chico pobre, que caminaba por Europa, vine por primera vez a España y ya entonces pude darme cuenta de que en ningún país del mundo existe entre los pobres tanta solidaridad como en vuestro país. Queremos deciros hoy, que no hemos venido como turistas que quieren olfatear los sufrimientos vuestros, hemos venido aquí como representación de los defensores de la cultura universal y no como turistas; para estar a vuestro lado y apoyaros en vuestra lucha.

Hay una palabra alemana, «alltag», es decir: el vivir cotidiano.

Gorki ha definido esta palabra de la siguiente manera: Es la esperanza de la humanidad de tener un día definitivo de felicidad. Para eso se lucha aquí. Nunca se ha luchado de esta manera para «el día de todos los días».

Los enemigos del «Alltag» saben que es la última lucha. El pueblo español es la expresión fiel de ella, pero no está solo. Nosotros, que os expresamos hoy nuestra solidaridad, somos los que están detrás de vosotros. No luchamos con vosotros directamente, pero os decimos que millones de masas fuera de nuestras fronteras están con vosotros y somos sus exponentes. En el mundo viejo llaman crisis a lo que hoy sucede. Nosotros decimos que vivimos en un cambio de época; es posible que podamos crear hoy un bello porvenir para todos, es el mejor momento. Nunca ha habido un momento para la humanidad parecido a éste. Hay una historia en mi país que habla de «Juan el Fuerte». Es un hombre que trabaja y trabaja, siempre para un «gnomo», pero un día se dió cuenta de que el «gnomo» se enriquecía con su trabajo y que él mismo no recibía ninguna compensación y mató al «gnomo». Lo mismo pasa hoy en la humanidad. Únicamente comen los explotadores de «Juan

el Fuerte» y éste trabaja. Para cambiar esto, lucháis, y hemos venido a España para estar a vuestro lado.

Cuando, entonces, como dije al principio vine a España, llegué en mi caminata a un pueblo de La Mancha; era un pueblo muy pobre y dije como en otras partes al fondista: Necesito de una cama, pero no tengo dinero para pagarla. ¿Qué hago? ¿Qué puedes ofrecerme? Y él me contestó: No te preocupes del dinero; puedo ofrecerte todo lo que tú me traigas como hombre.

Y de estas palabras he aprendido. Queremos que las masas reciban lo que traemos. Por esto se lucha, por eso estamos aquí y saludamos al heroico pueblo español con todo nuestro corazón.

JULIEN BENDA (FRANCIA)

Palabras pronunciadas en la sesión de apertura del Congreso

Señoras y señores: Quiero pronunciar algunas palabras, en nombre de los intelectuales aquí reunidos, para precisar lo que yo llamo un punto del deber profesional, sobre el que seguramente nos hallamos en desacuerdo con algunos de nuestros colegas—todavía no estoy seguro de que pueda llamarse así a los hombres que están en oposición con nosotros—sobre una cuestión que sin duda juzgaréis, al igual que yo, absolutamente fundamental.

Estos colegas no dejarán de decirnos: «Ya que os declaráis intelectuales, no debéis ocuparos más que de cosas intelectuales; y al venir a dar, con vuestra presencia, la adhesión al

Gobierno de Valencia, hacéis política y faltáis enteramente a vuestra función.»

Si yo formulo ahora, muy exactamente—creo que lo convendréis así—, el reproche que pueda hacérsenos, tengo mis razones para ello: es que, desde hace unos diez años, puedo decir que soy constantemente objeto de una acusación. Habiendo publicado una obra que, acaso, al caer bajo la mirada de algunos, obra en la que yo denunciaba lo que he dado en llamar la traición de los «clercs», es decir, de los intelectuales, ya que esa traición constituye el hecho por el cual muchos de entre ellos habían desconocido completamente los verdaderos valores de intelectualismo, para ponerse al servicio de intereses puramente temporales, en particular el nacionalismo y los intereses de las clases burguesas que, en una palabra, habían hecho política en el sentido más bajo e inintelectual del vocablo. Me ha ocurrido que, desde que apareció mi libro, cada vez que he adoptado partido en cualquier conflicto humano, por ejemplo, en el asunto del 6 de febrero o en la guerra italo-etíope, he tenido que oír decir, por parte de los colegas antes aludidos, que yo era el peor de los traidores, porque después de lo que había escrito me consagraba también a hacer política.

Señores: hay en esto un equívoco grosero, del que evidentemente no son víctimas aquellos que lo explotan, por lo que pongo en duda su buena fe. Este equívoco es el de confundir la política, es decir, la sumisión a intereses bajamente egoístas, como los que yo defino en mi libro, con la moral, es decir, la defensa de los valores morales más elevados, principalmente los de la justicia y los derechos del hombre, incluyendo el derecho que tienen las naciones a vivir libres, al abrigo de la esclavitud a que querían conducir las bandas de los nuevos feudales.

Pues bien; yo digo que el intelectual está encuadrado perfectamente en su papel cuando sale de su torre de marfil para defender los derechos de la justicia contra la barbarie y que, si efectivamente no tiene nada que ver con las tareas bastante miserables, denominadas corrientemente «hacer política», Spinoza no faltó en modo alguno a su misión de gran intelectual, cuando salió de su celda en que componía su «*Ética*», para inscribir, sobre las puertas de los asesinos de los hermanos de Witt, con peligro de su vida, «*Ultimi barbarorum*»; nuestro gran novelista Emilio Zola, durante el asunto Dreyfus, no traicionó tampoco su estado de «clerc» al arrojar su famoso «*Yo acuso*» al rostro de las aves de rapiña.

No hacemos más que permanecer en la línea que nos trazaron estos grandes hermanos mayores, que continuar en la dirección del verdadero intelectualismo, aportando, con toda nuestra alma, el tributo de nuestra adhesión al Gobierno de la España republicana, sobre el que recae hoy el trágico honor de representar la causa de la Justicia y de la Libertad contra las eternas potencias del obscurantismo.

Todavía he de decir una palabra que, por lo demás, trata del mismo problema de siempre. Hace varios días, asistí en París a la sesión de apertura de otro Congreso Intelectual, cuyo Presidente se creyó en el caso de asegurar, de manera muy solemne y como un elogio de la Sociedad en que se inauguraban los debates, que no pertenecía a ningún partido, a ninguna doctrina política. Allí, y una vez más, se hacía gala de una neutralidad, yo iba a decir de una castración, que estimo no está en modo alguno dentro de nuestra misión, pues entiendo que existe una doctrina que el intelectual tiene el derecho, «el deber», como tal intelectual, de suscribir: se trata de la doctrina republicana; la doctrina de la Revolución Francesa,

porque ella proclama los derechos del hombre, es decir, los derechos del espíritu en suma, las libertades del espíritu, mientras los otros sistemas (el fascismo lo dice de una manera muy formal) tienen por esencia exigir que el espíritu esté al servicio de los jefes y que sea estrangulado si se niega a esta obediencia. Ejemplo de alguna actualidad es el asesinato de los hermanos Rosselli. Todo lo expuesto quiere decir, una vez más, cómo nuestra gestión actual entra en el orden de nuestra profesión.

El Gobierno de Valencia quiere expresarnos su agradecimiento por nuestra venida, lo cual nos emociona profundamente, así como la emoción visible que acompaña a su acogida; pero nos importa repetirlo que, además de nuestra simpatía personal hacia sus miembros, tiene nuestro interés de intelectuales, es decir, de defensores de las libertades del espíritu, determinantes de nuestra presencia a su lado.

Debo añadir, por mi parte, que encuentro inconcebible el que algunos Estados, otros regímenes tienen como resorte fundamental el respeto a estas libertades, no comprendan que la causa del Gobierno español republicano es la suya propia, que el enemigo de este último es su propio enemigo y que si se produjese la derrota de esta España, la derrota que ellos habrían consentido sería ciertamente seguida por una expiación tan terrible como merecida.

Mas todo esto pide a voz en grito un volumen. Para terminar, dejadme únicamente que diga a nuestros acogedores que estoy seguro de ser en este momento el intérprete de todos los intelectuales dignos de llamarse así, al declarar con cuánto sentimiento profundo de solidaridad como de corazón y con qué interés comulgamos en las pruebas temporales de la España republicana e invocamos su victoria.

FERNANDO DE LOS RIOS (España)

Señor Presidente de la Cámara española ; camaradas escritores :

Hace cinco días, en la madrugada del día 5, llegaba el que os habla al frente de Granada. Los milicianos y soldados saludáronme y se acercaron los evadidos para decirme cuáles eran las últimas noticias de lo que en Granada acontecía. Podéis imaginaros, aquellos que me conocéis, con qué ansiedad yo preguntaría por la suerte cierta que había cabido a una persona que no necesita ser nombrada porque está en la conciencia de todos. Para algunos, sería como un hermano ; otros teníamos con él una relación filial. Las noticias fueron estas : tres veces ha sido necesario ensanchar el cementerio de Granada. ¿Por qué ? Seis catedráticos de la Universidad, comenzando por el rector ; cinco de los once diputados de izquierda ; un cuantioso grupo de profesionales y catorce mil obreros. No eran bastantes los tres ensanchamientos y fué preciso entonces distribuir los muertos por los alrededores de Granada. En uno de los pueblos vecinos a Granada, y cuando iba por el camino hacia ese pueblo, fué fusilado Federico García Lorca. Hoy, ya sé dónde está enterrado. Fusilado, ¿por qué ? No porque se llamara Federico García Lorca. En él fusilaron a la poesía, no al poeta. Al retirarme, meditaba sobre el sentido y significación de lo que había acontecido en Granada, y me afirmaba en lo que hoy, más que la voz de España, es la gesta de España ; no lo que dice, sino lo que hace, y es el mejor de los decires lo que está conmoviendo al mundo y está poblando la conciencia del mundo de emociones, de ideales y de presentimientos.

Nadie puede estimar —no lo estima— que lo que dije días pasados por la radio de Madrid, a saber, que el futuro inmediato de Europa depende de España, es una expresión excesiva. Menos lo será, después de haber escuchado las maravillosas palabras de mi amigo Marinello, si afirmo ahora que, aun más rotundamente que el porvenir inmediato de Europa, depende del fallo histórico de España lo que haya de acontecer en veinte pueblos hispano-americanos. Por una razón que vosotros conocéis muy bien, hispano-americanos, que muchos españoles desconocen, que los más de los europeos ignoran : y es que no sólo por la unidad

de ímpetu racial, sino porque la estructura económicosocial que os ahoga la creamos nosotros en el siglo XVI, y hoy, como entonces, el riesgo profundo es una encomienda de tipo militarista y capitalista que impida el que se rejuvenezcan las democracias americanas. Con nuestro triunfo instrumentaríamos de un modo nuevo vuestras democracias; con nuestro aplastamiento, el abatimiento de esas democracias americanas seguiría nuestra suerte.

Pero hay una mayor dimensión de tipo político en lo que en España acontece. No sois vosotros solos. Es, camarada Cowley, es la propia Norteamérica, la cual, presionada por un fascismo de veinte pueblos, se vería dificultada para continuar su propia tradición democrática; se vería imposibilitada de cumplir aquella concepción que tiene de una unidad política continental americana, porque el abismo sería ya evidente; sería imposible, además, de realizar la coordinación económica del continente americano, porque, vencida aquí la democracia, esos pueblos americanos del Sur que se nutren de tres razas: de la raza alemana, de la raza italiana y de la raza española, si esos tres pueblos nutritivos eran tres pueblos despotenciados de libertad y privados de democracia, entonces vuestra labor económica sería imposible, porque Sudamérica difícilmente subsistiría, de igual modo que España sin mengua de su soberanía, y el centro del poder político americano se llamaría Alemania e Italia.

El problema español tiene enormes dimensiones. ¿De tipo geográfico, político, nada más? No, no. Lo que aquí se está jugando es la suerte de la concepción del nuevo hombre, del nuevo hombre que está buscando el mundo desde que la crisis de la post-guerra se hizo manifiesta.

Dos momentos ha pasado Europa: el momento medieval, que es el del hombre sustancia de comunidad, pero sin sentido del valor de la individualidad, y la propia comunidad con un sentido trascendente, mas no como realidad terrena. Segunda etapa: se deshace la comunidad y surge el hombre renacentista, que es el hombre intelectual, pleno dueño de sí mismo, ensoberbecido, justamente, de la capacidad creadora de la vida intelectual. Pero ahí llevaba su propia limitación: en que era pura y exclusivamente el orden intelectual, aquel que interesó al hombre

creado por el renacimiento. Y de ahí surge una política intelectualista, una política liberal democrática, que se olvida del hombre de carne y hueso, lleno de apetencias y de emociones, y lo deja dotado de libertad y en plena ruina; porque esa libertad era la barbacana desde la cual alevosamente estaba disparando la individualidad contra la unidad real, efectiva y fraterna de la sociedad. Y así hemos llegado a este momento en que se busca un nuevo hombre.

¿Qué puede aportar España a esa concepción del nuevo hombre? Camaradas que me escucháis: la historia de España es mucho más profunda y trágica y más compleja de lo que se nos suele enseñar. Yo quiero despertar en vosotros el recuerdo no más que de estos tres hechos: 1808, el 19 de julio —¡19 de julio, españoles!—, por vez primera, el Ejército de Napoleón era vencido en Bailén, como por vez primera ha sido vencido ahora el Ejército fascista en Brihuega. ¿Y qué era lo que movía y estimulaba y servía de escuela a la conciencia española? No va a tardar más de un año en decirlo, porque en 1809, en Cádiz, se pronuncia, por vez primera en el mundo, y España se la da al diccionario político la palabra «liberal». Cuando un pueblo descubre un concepto, es que en la sustancia biológica de la raza va disuelta la apetencia que ese concepto exterioriza. España creó la voz «liberal» porque era un pueblo secularmente hambriento de libertad. 1822. Estamos en ese instante en que, dominando el absolutismo en Europa, aquí, durante los tres mal llamados años, como dijo Fernando VII, domina la libertad, y el más grande filósofo de Europa en aquel entonces, Jeremías Bentham, publica un folleto diciendo: «En este instante, para el mundo europeo no hay más que una esperanza: España.»

Me diréis: Todo eso descubre no más que una cosa: hambre de libertad. Exacto. Pero, ¿cuál es la tragedia de nuestra historia desde el siglo XVI? Cuando España, frente al mundo, quiere afirmar, con la contrarreforma, la idea de la comunidad, se contesta por Europa: idea de la individualidad, pero, en este instante, lo que hay en la conciencia española es la apetencia de concertar estos opuestos, es el ansia viva de afirmar la idea de una comunidad común, enraizada en la economía, en la participación, en el provecho y en el goce, de todos aquellos valores nobles que ha creado la cultura; y, al mismo tiempo, que esta concien-

cia de la comunidad no sirva para aplastar a la individualidad, sino para potenciarla.

Todo el sentido de la historia de España, todo el drama de la cultura española gira en torno a la conciliación de esos dos opuestos aparentes que, para las conciencias modernas, lejos de serlo, son los extremos que se conciertan y, a su vez, se complementan. En busca de ese ideal vamos.

España tiene toda una tradición, toda una serie de motivos, para estimar que tal vez ningún otro pueblo como él pueda aportar en este instante lo que él puede llevar al acervo histórico. Hoy existe una razón para que, al criarse esta conciencia de comunidad, no sea una conciencia de comunidad vacía. Y es que no es una conciencia intelectualista, sino real e ideal. Como real, ha bebido en el dolor, en el que no quiso beber el siglo XVI ni el siglo XIX; y al beber en el dolor, ha recogido la unidad del espíritu, que es mucho más que la vida intelectual, vida intelectual que no es sino una parte ínfima de la vida del espíritu. Ahí está el mundo de la emoción, el mundo de la poesía, el mundo de la pasión, el mundo, incluso, del absurdo, que para el español es un valor maravilloso y vital. Yo le he dicho más de una vez a algún amigo francés: o usted se prepara para comprender lo absurdo, que visto con los ojos de la razón no tiene sentido y visto con los ojos de la pasión se llama lo humano, o usted no entenderá a mi España. Y no entenderá tampoco aquella magnífica distinción de Pascal: «Il y a une logique du cœur et une logique de la pensée.» Los pueblos que tienen lógica del pensamiento, tienen una lógica; pero los que tienen una lógica del corazón, también la tienen. Y el pueblo simbolizador de esa lógica del corazón, en Europa, se llama *España*. Camaradas: Si hay algo contrario a esto hoy en el mapa espiritual del mundo, es el fascismo, porque niega las dos afirmaciones que a nosotros más nos importa: de un lado, la sustantividad de la individualidad; de otro, el valor de la comunidad como centro autónomo de la creación espiritual. El trata de sustituir a esto por una organización coercitiva que va de fuera adentro, en vez de venir de dentro afuera, que es lo único que tiene valor creador en el mundo de la cultura.

Pues bien; precisamente porque así está planteado el problema,

cada uno de nosotros necesitamos considerarnos hoy como cruzados de este ideal, y yo os pido, escritores del mundo que nos honráis con vuestra presencia, que sigáis ayudándonos, con vuestra cooperación, en el magnífico esfuerzo de nuestra dramática España.

Si yo hubiera de sintetizar en una palabra llena de hondos y nobles equívocos —el equívoco forma parte del absurdo y, por consiguiente, vosotros, poetas, perfectamente lo comprendéis—; si hubiéramos de buscar una palabra simbolizadora del ansia íntima que en este instante está movilizandó la emoción española, y averiguar, por tanto, lo que constituye hoy la intención emocional de España, yo diría que es y busca la *encarnación*, sí, la encarnación; hacer carne y sangre el verbo del ideal, no vivir mirando solamente a la estrella del ideal como algo que no tiene sentido de realidad, sino pugnar por encarnarlo, porque es la manera única de hacer una nueva Humanidad, y al hacer una nueva Humanidad, hacer el nuevo hombre que anhelamos.

Camaradas de todos los países: Ayudadnos para ir en pos de esa estrella y a la realización de esa encarnación. ¡Salud!

ANNA SEGHERS (Alemania)

Permítanme que salude a mis camaradas alemanes que vuelvo a ver aquí. Muchos de ellos se hallan en España desde hace algunos meses luchando en las Brigadas Internacionales, pues dos terceras partes del grupo de escritores que estaban en París, decidieron incorporarse activamente a la lucha contra el fascismo internacional.

Déjenme recordar también a Hans Beimler, que en su vida de luchador antifascista y camarada nos sirve de ejemplo.

Pero no olvidemos tampoco a aquellos que tan fácilmente se olvidan: los sin nombre.

En alguna ocasión trágica de la guerra o de la antiguerra, Henri Barbusse ha dicho estas amargas palabras sobre los intelectuales: «Los intelectuales han causado mucho daño, mucho sufrimiento. Muchas veces han traicionado la fortaleza de su fe.» Los escritores que han llegado aquí, han venido en este momento de peligro, cuando no es la fortaleza

la que apoya al hombre, sino es el hombre el que tiene que apoyar la fortaleza. Lo que pasa aquí y lo que hacen los escritores y llevan a las masas, la palabra, esta palabra mal trabada y mal aplicada, ha vuelto a recobrar su sentido. La causa sobre la que hemos escrito tanto durante los últimos años, no es una cosa simple a anteponer y repetir, sino que es la conversión sangrienta lograda bajo muchas luchas que causaban enormes víctimas. Nuestra participación en esta obra no es nada; no es más que un débil gesto comparado con las terribles luchas ante Madrid.

No hacemos aquí más que dar las gracias a los que luchan; a estos amigos que en la Alemania de Hitler exponen a diario sus vidas como los soldados ante Madrid, estos alemanes que con todos los medios a su alcance luchan en la ilegalidad, bajo el terror de Hitler, contra la intervención nacionalsocialista.

En todos los idiomas del mundo se escribe y se dice que ante Madrid no se lucha solamente por la libertad de España, sino por la libertad del mundo entero.)

Pero lo más importante es que esto es una cosa permanente, para siempre. Que la lucha actual en el suelo español por la libertad se ha recibido con tal apasionamiento, que ha traído a todo lo mejor del mundo, y tiene tanta fuerza, que ha penetrado en los cerebros más duros y hasta en la oscura y terrible ilegalidad.

JOSÉ BERGAMÍN (*España*)

Entre los enunciados de nuestra tarea figura uno que pudiera ser el que me correspondiese: los problemas de la cultura española.

Empezaré por confesar que no entiendo qué pueda ser eso exactamente. No sé si una cultura puede siquiera tener problemas. No entiendo mucho de la problemática cultural. A mi parecer, la cuestión no es esa. Porque es precisamente eso: una cuestión. Y una cuestión no es lo mismo que un problema. Ser o no ser, no es un problema para Hamlet. Es una cuestión. Y una cuestión vivísima. Una verdadera cuestión palpitante. Los llamados problemas de la cultura, no lo son, sino

cuestiones. Cuestiones palpitantes. Cuestiones vivas y, por consiguiente, mortales.

Cuando un hombre se hace cuestión de sí mismo, como quería San Agustín, es que ahonda en su ser hasta lograr, aun dolorosamente, conciencia alegre de sí mismo. La cuestión viva y palpitante de nuestra cultura es esta voluntad dolorosa y alegre de sentirse ser o no ser; de adquirir conciencia verdadera de serlo. Y esta conciencia se hace más viva, clara y precisa cuando a la apetencia de su existir se opone, como sombrío cerco de muerte, la negación de su existencia. Jamás un pueblo tiene conciencia más clara de su ser, de lo que es, de lo que piensa, de lo que quiere, que cuando este mismo ser quiere arrancárselo. Entonces diríamos que un pueblo se humaniza de este modo trágico. Porque como el hombre en su propio ser, se encuentra definitivamente solo ante sí mismo. Y esta es la cuestión, su cuestión palpitante: la de ser o no ser ante la muerte; la de ser o no más poderoso, más fuerte que la muerte.

Un hombre solo, como un pueblo solo, no es un problema, es una cuestión viva y mortal. O todo lo más, si nos empeñamos en lo problemático, es un problema puesto en cuestión. Toda problemática de la cultura debe ponerse en cuestión de este modo previo, si de veras quiere vivificarse. Los problemas de la cultura española se nos ponen hoy en cuestión de este modo. En cuestión viva, palpitante.

Hay, pues, para nosotros, ante todo, entre cuestión y problema, la misma diferencia que entre soledad y aislamiento. Un problema es una forma aislada de plantear cuestiones. Como una cuestión es todo lo contrario: la manera total de resolverlo. El hombre es cuestión de sí mismo cuando pone todos sus problemas en cuestión humana de ser o no ser. Del mismo modo el pueblo. Y del mismo modo, por lo tanto, la cultura. La cultura puesta aquí en cuestión de cultura española, es cosa humana, viva, palpitante. Y por serlo, tiene para nosotros todos sus problemas resueltos en la totalidad de la cuestión palpitante, viva y mortal en que la ponemos: cuestión hamletica de ser o no ser.

Pero no hay que olvidar que Hamlet no es el símbolo de la inteligencia, sino más bien su caricatura, la caricatura trágica del intelectual; plantea la cuestión problematizándola, es decir, aislándola, sepa-

rándola de sí mismo. Por eso permanece indeciso, vacilante. Y siendo como es intelectual puro, contradice la virtud misma de la inteligencia que encarna: que es virtud o facultad de decidir y no de vacilar. Hay todo un intelectualismo hamléutico que se alimenta de sí mismo en ese empeño vacilante e indeciso de problematizarse. Lo cual le aísla, le separa. El intelectual aislado se cree de ese modo independiente como la tortuga. Y se siente feliz en su propio reblandecimiento viscoso, protegido de todos por la personal pesadez y penosa de su caparazón. El caparazón de la personalidad intelectual es como el de la tortuga: la máscara del miedo. Pero del miedo a la vida, no a la muerte. La cobardía no es miedo a la muerte, es miedo a la vida. Y ese intelectual blindado a toda prueba de comunión o comunicación humana, vive, se pudre en sí mismo y de sí mismo: se encierra faraónicamente en ese inconsciente empeño suicida, se pudre y momifica en vida, encerrándose en su propia tumba.

Este hamletismo ha sido el peor mal de nuestro siglo; el del personalismo intelectual; no siempre personalismo dramático. El intelectual cultiva su caparazón, su máscara de muerte. Trabaja con cuidadoso empeño la ornamentación de su tumba, pero la personalidad dramática del hombre, como pensó Nietzsche, como sintió Santa Teresa, no está en esa máscara o mascarón grotesco. Porque está en el rostro. La mejor máscara es el rostro. La máscara de la sangre.

A veces he pensado que nuestra conciencia personal no es más que la máscara de otra más profunda conciencia humana. Y que el hombre no es hombre, sino en tanto se entera de ella, se integra o reintegra en ella.

La conciencia humana es esa misteriosa conciencia por la sangre de un hombre con su pueblo. Cuando decimos los escritores que queremos ser pueblo, como decía La Bruyère, expresamos sencillamente el hallazgo más profundo de nuestra conciencia, su verificación plenamente humana —yo añadiría que divina—. Porque entonces se identifica nuestra voluntad con otra totalizadora. Yo no sé si quiero ser pueblo, o quiero, puedo querer, porque ya lo soy. Y este ser o no ser popular fué y sigue siendo la cuestión palpitante de toda la cultura española.

Por eso os diría entre paréntesis que no puedo comprender —o no

lo quiero— cómo sedicentes intelectuales españoles más o menos hamletizados y ridículamente, se alejan, se apartan, se separan del pueblo español cuando a este pueblo se le ha puesto en cuestión todo, porque se le pone en cuestión su vida misma, su propio ser o existir. Esos fenómenos o fenomenalísticos intelectuales que de este modo se caracterizan o caricaturizan para serlo, si como españoles *neutrales* son sólo traidores despreciables, como intelectuales puros son mascarones de gigantes y cabezudos grotescos.

No es soledad la suya, viva, sino aislamiento mortal. No es nuestra quijotesca soledad popular española: es robinsoniano y hamléptico aislamiento intelectual inglés, cuando no italiano o alemán. Es sencillamente pasarse al enemigo.

Porque sólo hay para el escritor, como tal, una preocupación primera: la de su comunicación o comunión humana. En ella radica su propio existir. Por ella tiene razón de ser profunda y sentido vivo su trabajo. Esta comunión humana, esta comunicación verdadera, se hace, en el tiempo y por el tiempo, por la palabra. «La palabra del hombre—dice el profeta— es como la flor de la hierba.» El pueblo español llama a esas florecillas verdaderas, cuya vida pende sólo de un soplo, exactamente así: «La palabra del hombre.» La fragilidad de nuestra palabra humana es certísima. En un soplo se pierde, como el hálito de nuestra vida. Y esa tan leve razón y sentido de nuestro ser ha de estar, como el alma misma de nuestra comunicación humana, según escribía Cervantes, «con un pie en los labios y el otro en los dientes». Esa alma que ha de estar así, como afirma nuestro poeta, «con un pie en los labios y el otro en los dientes»; esa lengua o lenguaje humano por el que inciden en el tiempo nuestras palabras como florecillas de la hierba, es lo que constituye para nosotros, escritores, la materia viva de nuestro empeño. La realidad única y total que nos comunica con todo y con todos. En una palabra: la afirmación de nuestra soledad y la negación de nuestro aislamiento.

En el tiempo, en la totalidad de nuestro tiempo humano, plenamente sentido como movimiento que nos impulsa de atrás adelante, del pasado a lo porvenir, reuniendo ambos en una sola conciencia que diremos voluntad revolucionaria del hombre; en el *tiempo* nuestro, se verifica por

la palabra, por el lenguaje invisible de la sangre que es la palabra humana, la afirmación del hombre como pueblo y también la afirmación del pueblo como hombre. Como un solo hombre y como un hombre solo. Que el hombre solo encuentra la plenitud de su soledad por la palabra libertadora de su sangre: por el lenguaje que le populariza de ese modo. Por la palabra y lenguaje de la sangre popular silenciosamente secreta o vertida.

Toda nuestra mejor literatura en el pasado, la que impulsa y mueve los anhelos populares hacia el porvenir o en los presentes, es un testimonio popular, por el lenguaje, de una voluntad única y total de ser de España. De esa posible y ansiada comunicación o comunión humana por la palabra, por la sangre, que todos los verdaderos escritores españoles compartieron íntegramente con el pueblo, surge nuestro luminoso Mediterráneo descubierto: es de la cultura popular española; porque en España toda nuestra riqueza cultural es expresión viva y verdadera de nuestro pueblo.

Yo hubiera querido extender ante vosotros hoy este paisaje, para señalaros en él las claras verdades populares de España. No tengo tiempo para eso; para mostraros cómo precisamente el *tiempo* es el determinante dramático de nuestro pensamiento popular español. En nuestros místicos, en nuestros poetas. Y cómo precisamente por eso no hay diferencia para un verdadero español, entre lo temporal y lo eterno. Y una palabra y por su palabra—por su sangre—, como todo verdadero español, por serlo, es revolucionario. Y solo, independiente, libre. Porque quiera la verdadera comunión y comunicación humana con el pueblo y entre los pueblos. Entre los hombres. La palabra divina, popular, de liberación de la sangre y de liberación por la sangre. Porque sólo la sangre es espíritu.

El espíritu de nuestras letras es el que por la sangre popular sentimos ahora acelerarse en nuestro pulso. El ritmo vivo de esta sangre, que no mide dramáticamente el tiempo, coincide en la oscura entraña de los pasados, con la misma inquietud interrogante con que el porvenir nos acecha. La reflexión íntima del pueblo español nos trae a la memoria, ahora, en imágenes imborrables, las palabras que venimos recordando.

«No vale fui, sino soy», dice el héroe más popular de nuestras letras,

el burlador Don Juan. Y con resonancia distante a su rítmico burlón, al «¡ tan largo me lo fiáis !», responde la voz popular de nuestro teatro por otro poeta :

*«sangre quisiera tener
como tengo pensamiento».*

¡ Tener sangre que dar ! La fianza dramática de lo temporal en que el pensamiento popular español se empeña eternamente, no se paga más que con sangre. Con sangre que es espíritu y es verdad : es la verdad viva, la verdad única y total del hombre, por la palabra que crea y recrea revolucionariamente el tiempo.

Volved los ojos hacia la lejanía histórica que nos separa de esas grandes cumbres del pensamiento popular español : Cervantes, Quedo, Santa Teresa, Calderón, Lope... Veréis como esos nombres se os aparecen plenamente arraigados en el pueblo, y, por eso mismo, plenamente solos en él. ¡ Como que son la voz divina, por humana, del pueblo mismo ! Del pueblo, decíamos, como un solo hombre y como un hombre solo. Por eso nos aparecen solos y no aislados. Solos como el mar : el terrible mar popular por el que nacieron y en el que murieron como ríos, dándole a ese mar vivo, la corriente pura de su lenguaje nuevamente rejuvenecido, eternamente recién nacido : con revolucionaria permanencia. Como hace en el hombre la sangre, hace en el pueblo la palabra, que es por la sangre y como la sangre nace y muere en un soplo por el aire, en las entrañas invisibles del aire, en que se engendra laberínticamente en nuestro pecho, para ir a morir y renacer en nuestros oídos.

Toda la literatura española está escrita con sangre, con la sangre del pueblo español ; y esa sangre que, como decía Lope, «nos grita la verdad en libros mudos», es la misma que sigue gritándonos hoy su misma verdad, en *víctimas mudas*. Es la sangre libertadora de la muerte por la palabra. La que grita en nuestro Don Quijote inmortal, la plenitud de la soledad del hombre, en el tiempo que le separa de la muerte. La afirmación permanente y revolucionaria de la vida contra la muerte. Por eso nuestro pueblo español, consciente de la plenitud humana y humanizadora de su pasado, está solo, plenamente solo, ante la muerte. Y se levanta *quijotesco* en Madrid, el glorioso 18 de julio inolvidable, cum-

pliendo el empeño libertador de su palabra con su sangre. ¡ Como un solo hombre ! ¡ Y como un hombre solo ! Solo y no aislado. Solo como nuestro Don Quijote y no aislado como Robinsón. La soledad es todo lo contrario del aislamiento. La soledad es plenitud de comunión o comunicación humana. Con el pueblo español siempre solo, en definitiva, en su Historia, se salvan, también siempre, como se salvarán ahora, todos los valores humanos de la cultura y, sobre todo, el de la generosidad contra el egoísmo.

ILYA EHRENBURG (U. R. S. S.)

Dos años nos separan del primer Congreso de Escritores. Como cada Ejército, nosotros hemos tenido desertores. En París fué el desfile. Aquí es la guerra. Allí, nosotros, los escritores, éramos más numerosos ; pero aquí, a nuestro lado, trabajan, piensan, luchan los verdaderos defensores de la cultura, el pueblo español.

La cultura no es el inventario de la naturaleza mecánica ni el catálogo de bibliotecas o de Museos. Ni las ciudades, islas de coral. La cultura es el hombre. Es la piedra, el artífice y la estatua. ¿ Hace falta hablar de las destrucciones exteriores en el país donde cada ciudad es una herida fresca ? Por el pueblo de Hita, que ha dado al mundo uno de los más grandes poetas, Juan Ruiz, merodean los soldados de Mussolini. Al pasar, como quien roba un pollo, roban los manuscritos raros. Las bombas de los aviadores alemanes destruyen el Palacio del Infantado, en el cual los sueños de mar se han hecho piedra, en el cual las perspectivas del Oriente son juegos de luz y sombra, se unen con la verdad del Renacimiento en su culto del hombre. Pero no es esto la explicación de la muerte.

El fascismo puede respetar los monumentos antiguos mientras no le molesten. Aspira a destruir la base de la cultura : el hombre. Ha localizado al hombre, como el cañón puede localizar una carretera o una casa. En su lugar pone un maniquí que trabaja, un soldado privado de pensamiento y de sentir. El mal no está en que los fascistas alemanes han quemado en su país decenas de miles de libros, sino en que han

transformado el alma de los lectores de ayer. Ellos han hecho de los sabios, de los obreros, de los poetas, los destructores de Guernica. Yo he visto a los italianos derrotados cerca de Guadalajara. Yo he conocido el pueblo italiano antes del fascismo. Con vergüenza y cólera he escuchado el balbuceo servil de los cachorros de la loba romana.

Los milicianos del Quinto Regimiento han salvado, bajo el fuego, a los niños mimados del destino: los *Infantes*, de Velázquez. Un miliciano ha puesto en salvo los trabajos del oftalmólogo Márquez, en la Ciudad Universitaria. El salvamento del tesoro del Prado será aprobado también por los humanitarios ingleses. Pero, ¿qué pueden hacer los artistas del mundo hipócrita y tranquilo? ¿Qué van a crear ellos entre la miseria dorada del espíritu y el vacío confortable? Yo he visto a los obreros de Pozoblanco que continuaban trabajando bajo el bombardeo, como bajo los bombardeos Solana pintaba sus naturalezas muertas. El 5.º Regimiento no ha salvado solamente los valores pasados en su lucha heroica; ha creado también los valores del porvenir. La defensa de la cultura no consiste en el salvamento de las cosas creadas. La nueva Guerra de la Independencia inspira un nuevo Goya aún desconocido.

El hombre se oculta de la muerte bajo la tierra. Es rechazado a la época de las cavernas. Los colores de camuflaje han absorbido a todos los demás colores. Se han perdido las vidas de los héroes, los monumentos, las ciudades, las estatuas, los jardines. El jefe militar sabe que la pérdida de territorio no presupone el resultado de la guerra mientras el Ejército está íntegro. ¿Qué es lo que ha salvado España aceptando estos combates? El pueblo. (La cultura española ha sido siempre popular.) El mundo del dinero, de la jerarquía, de la vanidad, no ha llegado a envenenarla. La literatura española era para todos nosotros la lección de lo humano. Ciertamente, los hombres no han cuidado durante decenas de años los olivos para que los obuses arrasen los olivares; ciertamente, la tierra generosa española no ha dado al mundo a García Lorca para que un soldado ignorante lo mate. Pero la guerra no es solamente la destrucción y los cadáveres. España ha encontrado ahora nuevas fuerzas creadoras. Los pueblos, como los hombres, cambian a ojos vistas. Del mundo de las tertulias, España ha pasado a la epopeya.

¿De qué han hablado los escritores en París? De la defensa. Cuando la caballería africana recorría las carreteras de Extremadura, los soñadores en Valencia, pegaban carteles: «No déis a vuestros niños soldados de juguete para no despertar en ellos el gusto por el militarismo». Defendiendo la cultura se puede llegar solamente a perderla. La ofensiva, esta palabra, llena ahora España. Que entre también en esta sala. Hay un solo medio de defender la cultura: exterminar el fascismo. Hemos entrado en la época de acción; ¿quién sabe si serán terminados los libros concebidos por muchos de nosotros? Durante años, si no es por docenas de años, la cultura estará en los campos de combate. Puede ocultarse en los refugios; allí, más pronto o más tarde será atrapada por la muerte. Puede pasar a la ofensiva.

La ruta de cada escritor está marcada por su naturaleza, sus aptitudes, sus fuerzas. Unos han tomado el fusil. En el Pleno de nuestra Asociación, en Londres, Ralph Fox nos ha recibido. Era vagabundo y soñador. Amaba apasionadamente la vida. Y precisamente por esto ha muerto en España como un soldado republicano. Lukacs, alegre, vivo, afectivo, bueno... Aquí, con nosotros, Regler, Renn.

¿Qué deben hacer los otros? Jules Valles ha dicho acerca del verdugo de la Comuna, de París: «El que describa la vida de Galiffé lo matará tan solo esto». Debemos cuidar el odio en el corazón de los hombres, para que los vivientes sientan que no se puede existir sobre la misma tierra con los fascistas. Nosotros conocemos la fuerza de los sonidos, de las imágenes, de las palabras. Elevan el alma, hacen nacer el valor. Demos todas nuestras fuerzas al valor del nuevo siglo. Contemos de la vida bella, sabrosa, con el gusto de la cual el hombre va tranquilamente a la muerte. Contemos la dicha de la fraternidad caliente como la lana. Destruyamos la cobardía. Yo hablo, no de los temas, ni de la propaganda, ni de los poemas de ocasión; yo hablo de la pasión, del arte y de la voz.

Si no queremos que todo el mundo se convierta en Madrid, transformemos el corazón de los hombres en el corazón de los combatientes que están ahora a nuestro lado en los parapetos de la Casa de Campo.

He ido esta mañana a Brunete y a Villanueva de la Cañada, he visto pueblos libertados por heroicos combatientes. Que esto sea el principio de la liberación de las ciudades, de los países, del mundo.

CORPUS BARGA (*España*)

Fué, sin duda, una inspiración poética, es decir, profética, la que tuvo el Pleno de la Asociación Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, reunido hace más de un año en Londres, cuando tomó el acuerdo de celebrar en Madrid el Congreso que hoy aquí nos reúne. Hoy vemos como un hecho natural que haya sido en Madrid, en la capital más indefensa—bajo todos los órdenes—de Occidente, donde haya habido que hacer el baluarte para la defensa de la cultura. Antes de que se cumpliera el acuerdo tomado en Londres, antes que nuestra voz, el espíritu universal que representamos ha tenido que llegar a Madrid hecho carne, hecho músculo y nervio, para defenderse en España, para defender a España contra el ataque de los Estados bárbaros. Permitid que una voz madrileña, al levantarse entre vosotros, reduciéndose a lo que es en realidad, a un gesto íntimo, salude sin palabras a los hombres de todos los pueblos que han venido a verter su sangre por el pueblo y en la tierra de Madrid.

No es la primera vez, camaradas extranjeros, que el pueblo de Madrid ha soportado heroicamente el destino de luchar con armas desiguales por lo que hoy llamamos cultura y hace un siglo llamaban libertad. La historia de Madrid tiene una fecha que se convirtió en una de las expresiones más fuertes del tan expresivo idioma castellano. Se dice «hacer un Dos de Mayo» cuando se quiere expresar la acción de una cólera que ya no puede contenerse y no se detendrá ante nada. Hacer un Dos de Mayo es lanzarse a la lucha como sea, con armas o sin armas, con los puños, con las uñas, con los dientes. «Hacer un Dos de Mayo» es lo que ha hecho el pueblo de Madrid el 18 de julio del año pasado ante la sublevación de los militares españoles, concertada en Roma y en Berlín. «Hacer un Dos de Mayo» es lo que hizo el pueblo de Madrid el 2 de mayo de 1808 ante la invasión extranjera de las tropas de Murat.

Entonces, en aquel 2 de mayo de 1808, el pueblo de Madrid defendía ya su libertad, defendía también la cultura. Estuvo con él un genio español y universal. Representativo, como el que más, de España. E

iniciador de una manera plástica de ver los seres y las cosas que, como todos sabéis, había de ser recogida y seguida, sobre todo en Francia. Goya aparece en la cultura española para llenar el vacío que deja el siglo XVIII en toda la Historia de España. Si queréis comprender muchas de las cosas que suceden ahora en este país, no olvidéis, camaradas extranjeros, que España perdió ese siglo, capital en Europa. El pensamiento español se había quedado detenido en el siglo XVII; la aristocracia española, sin necesidad de ninguna revolución, había quebrado su fuerza; en España no quedaba nada, nada más, nada menos, que el pueblo. Un pueblo que no había estado nunca ausente de las más altas creaciones españolas, ni en la filosofía, ni en la poesía, ni en la religión, ni en los descubrimientos y las conquistas. En España todo había sido siempre muy pueblo. No era más que pueblo cuando apareció Goya.

Toda una corriente de la Historia de España produce en el momento oportuno de la Historia Universal este genio. Mientras el pintor de la Revolución francesa exalta a los burgueses de París disfrazándolos de romanos, Goya coge a la España histórica, encarnada en una deliciosa duquesa de Alba, y hace de ella una mujer del pueblo de Madrid, una manola. Reparad en los rostros, en los gestos y las miradas de este pueblo, y recordaréis los cuadros de Goya que no podéis ver ahora en el Prado. En el frente del Manzanares, en la ermita de San Antonio de la Florida, están los frescos donde Goya subió los alegres rostros de las madrileñas al cielo. Y cerca de allí, en una cuesta que baja al río, se halla el cementerio de los fusilados, de los madrileños que fueron fusilados por las tropas de Murat allí mismo, y que Goya, alumbrado por su criado con una linterna, iba a contemplar de noche para verter luego su cólera, bajo el cielo negro y único de aquel cuadro suyo, infernal, de los fusilamientos. Goya era el pintor del pueblo de Madrid en sus manolas, en sus majos, en sus fiestas y sus juegos, en sus desmayos y sus arrogancias; pero fué el pueblo mismo hecho pintor, el pueblo desesperado, poseído por los demonios, cuando dejó grabado el horror de la violencia en los «Desastres de la guerra», que parecen hechos a punta de navaja. Goya defendió en sus aguafuertes al pueblo, como el pueblo se defendía en realidad a navajazos.

Y reivindicaba la libertad del pueblo porque había venido a reivindicar el espíritu, o, como decimos hoy, la cultura en España. Estuvo con el pueblo contra las tropas francesas; pero él era un afrancesado, un amigo de los espíritus escogidos de entonces, de los enciclopedistas; era un europeo, un internacionalista. Y al ganar la guerra el pueblo español y caer en la restauración, Goya, viejo, se expatría voluntariamente y va a morir a Burdeos. Es decir: a morir, no. Va a vivir oscuramente, pero lleno de entusiasmo y de fe en la humanidad y en sí mismo. Va a utilizar las nuevas técnicas y a pensar que no le importa haber perdido unos dibujos que había dejado aquí en Madrid, porque ahora, a sus años, tiene ocurrencias mejores.

Políticamente, el grabador de los «Desastres de la guerra», el pintor de los «Fusilamientos», fué una víctima del equívoco en que vivió la palabra «libertad» durante el siglo XIX. La libertad tan ferozmente defendida se entendió en España, como en otros países de Europa, especialmente en el sentido de independencia nacional. Cuando se trató de darle sentido político y mucho más cuando se trató de darle sentido social, la libertad se hizo conservadora, antiliberal. Hoy no sucedería lo mismo.

En este nuevo Dos de Mayo que vive Madrid desde hace doce meses, camaradas extranjeros, no podemos presentaros otro Goya. Pero lo que él representaba es precisamente lo mismo que ahora venís a representar aquí vosotros. El espíritu no tendrá que emigrar de España si triunfa Madrid, porque se ha adelantado a venir a Madrid hecho carne, hecho músculo y nervio para defender a España, para defenderse en España.

MALCOLM COWLEY (Estados Unidos)

Amigos, colegas de todos los países, escritores de España:

En este Congreso Internacional de Escritores hay docenas de problemas literarios cuya discusión yo desearía escuchar. Por ejemplo, yo querría oír las opiniones de mis colegas con respecto al nacionalismo en la literatura, hasta qué magnitud es valioso y hasta qué magnitud es peligroso para la Humanidad entera. Yo querría escuchar sus ideas

sobre literatura proletaria; cómo se ha desenvuelto durante los últimos siete años, y por qué sus resultados han defraudado esperanzas en ciudades como Francia y los Estados Unidos, y cómo hay escritores que nunca pensaron de ellos mismos como proletarios. Yo querría oír, discutir antiguos problemas, tal como el de la función de la crítica y las relaciones entre la literatura y la sociedad.

Espero que otros podrán llevar adelante esta discusión. En otro tiempo, en otros sitios, yo podría contribuir con mis propias ideas. Pero aquí, en Valencia, me encuentro en la imposibilidad de decir lo que yo había pensado escribir en Nueva York. Aquí, en Valencia, lo único que sustrae mi atención, con exclusión de cualquier otra idea, es la guerra contra el fascismo español, alemán, italiano, internacional. Y cuando observo la lucha magnífica que sostiene el pueblo español, cuando veo las penalidades y bombardeos que soporta a cientos de kilómetros del frente, y cómo este pueblo se está incorporando a una nueva vida, creando una nueva disciplina y organización desde abajo, en una nación donde antes todas las órdenes venían de arriba, entonces yo no puedo hablar sobre cuestiones literarias. Y, en realidad, soy demasiado modesto para hablar de nada. Camaradas españoles, hemos venido aquí todos nosotros no para advertiros, sino para ser advertidos; no para enseñar, sino para aprender.

Pero también cada uno de nosotros ha venido aquí con un claro cuadro de condiciones en su propio pueblo y de la actitud hacia la República española. Y me parece que el único servicio que hoy puedo prestar es presentar un franco informe de la opinión pública en los Estados Unidos. Esta se halla engañada; es la única opinión general que se puede dar sobre ella. Se la engañó al principio con la propaganda fascista, y al cabo de un año sigue engañada. Pero empiezan a notarse señales de creciente hostilidad contra Alemania e Italia, y una simpatía también creciente hacia la República española.

En julio de 1936, la tendencia natural del pueblo americano era simpatizar con un Gobierno democrático, atacado por terratenientes y militares. Pero el pueblo americano tenía que sacar sus informaciones de lo que le decía la prensa, y una parte de esta prensa, al principio, era violentamente fascista. Esto es particularmente verdad, por lo que

se refiere a William Randolph Hearst, dueño de periódicos en más de veinte ciudades americanas.

El 19 de julio, todos estos periódicos iniciaron una campaña en favor de Franco. Campaña tan furiosa y tan bien preparada, que parece poderse decir que Hearst debía haber tenido conocimiento de antemano de la rebelión. Ha mantenido siempre estrechas relaciones con Mussolini y con el Gobierno alemán, el cual adquiere sus informaciones de los Estados Unidos por Hearst, y le paga por ello medio millón de dólares al año.

Muchos de los otros periódicos americanos no simpatizan con los fascistas; pero estuvieron tan pésimamente informados sobre los asuntos españoles, que muchos de ellos siguieron el ejemplo de Hearst. Aparecían llenos de grabados y cuentos sobre sacerdotes asesinados y monjas raptadas. Su noticiario de España daba la convicción de que Franco era un verdadero caballero cristiano, que iba a salvar a España de la anarquía roja. En muchos casos, la impresión era dada sin malicia, a causa, sencillamente, de la ignorancia de los hechos. Era más fácil, al principio, obtener noticias de los rebeldes que del Gobierno. Había pocos corresponsales en Madrid, y la censura gubernamental era más estrecha de lo necesario.

Desearía tener tiempo para deciros cómo ha ido cambiando gradualmente esta situación. Ello ha sido debido, en parte, a la acción de Bates y de Malraux. Considerable fué también la acción de los periodistas americanos, que trataron de obtener noticias sobre la verdadera situación en España. Jay Allen, que pertenecía entonces a la «Chicago Tribune», estaba en Badajoz cuando Franco tomó la ciudad. Con peligro considerable para su persona telegrafió a los Estados Unidos la verdad sobre la matanza.

Hay otros muchos corresponsales americanos que han realizado una obra excelente comunicando noticias del lado republicano. Minifie, del *Herald Tribune*; Matthews, del *New York Times*; Mowrer, del *Chicago News*; Luis Fischer, de la *Nation*, así como escritores transformados en corresponsales de guerra, tales como Ernest Hemingway, Ana Louise Strong, George Seldes. Escribiendo sencillamente la verdad sobre la gue-

rra, estos hombres y mujeres contribuyeron a cambiar la actitud de los periódicos que representaban.

En abril de 1937, los filofascistas de América se quejaban de que la prensa era parcial, de que no presentaba las cosas vistas desde el lado de Franco. Creo que su queja estaba justificada. En realidad, hay muchos periódicos filofascistas en los Estados Unidos. Hay muchos más —la gran mayoría— que tratan de ser estrictamente imparciales. Pero la verdad no es imparcial y la prensa americana está ahora reflejando apenas una parte de la verdad.

Especialmente a partir de la destrucción de Guernica y del bombardeo de Almería, no hay ya que preguntar cuáles son las simpatías predominantes entre el público americano. Cuando yo salí de Nueva York el 9 de junio, creo poder decir con seguridad que los únicos buenos amigos de Franco que quedan en los Estados Unidos eran católicos. La Iglesia había estado llevando a cabo una gran campaña secreta, pero violenta, contra la España republicana. Todos los altos dignatarios de la Iglesia intervenían en ella —especialmente el cardenal Hayes, de Nueva York—, pero se encontraron con una inesperada resistencia entre las masas católicas. Y después del ataque a Bilbao, ya no pueden pretender que todos los católicos españoles están combatiendo de un solo lado.

¿Qué podremos decir sobre los intelectuales americanos y especialmente sobre los escritores? Con ellos no se ha producido una confusión semejante a la que existía entre el público en general. Creo que se puede afirmar que desde el principio sabían perfectamente que aquí en España estabais luchando no sólo contra la tiranía política, sino también contra el analfabetismo y la superstición. Han seguido vuestra lucha con una tensión sostenida y continua. No pocos de ellos han pasado el tiempo leyendo periódicos, velando hasta muy tarde en espera de las últimas noticias de la Radio, y han pasado en sus camas la noche, pensando en combinaciones militares o políticas capaces de provocar una rápida victoria. Han trabajado por España, han escrito artículos, traducido poemas, formado Comités, organizado mítines, reunido dinero, y, sin embargo, no han considerado esto suficiente y se han sentido contristados al pensar qué suerte se estaba decidiendo en tierras lejanas, durante el

transcurso de una lucha, en la que apenas podían tomar una parte mínima.

Y así, el mensaje que traigo de los Estados Unidos no es tanto una «oferta» de ayuda como una «petición» de ayuda. Escritores españoles, compañeros españoles: os ruego que nos habléis de vuestras propias luchas, de lo que habéis hecho en el frente y en la retaguardia, de cómo habéis contribuido para levantar la moral y a construir una nueva sociedad, mientras continuabais escribiendo poemas, de algunos de los cuales podemos apreciar, en nuestras defectuosas traducciones, su alto valor. Decidnos cómo os podemos ayudar, qué podemos escribir en vuestro favor, qué auxilios os podemos enviar. ¡Compañeros: el mensaje importante no es el que yo traigo aquí, sino el que espero poder llevarme a mi país!

CLAUDE AVELINE (Francia)

Camaradas: El hecho de que el escritor tome un partido, no quiere decir siempre que tenga razón. De este modo, y a menudo, para honrar su espíritu, se deja llevar —con la mejor buena fe— por pasiones personales, en las que hay poco lugar para el espíritu. Dibuja una línea recta, con un punto de salida y otro de llegada. Pero si observamos esta línea detenidamente, la vemos formada como el filo de una sierra.

Este tipo de intelectual provoca, como reacción, un tipo contrario: el escritor que *se niega* a tomar un partido, que ve en las cosas lo blanco y lo negro, lo mejor y lo peor, Dios y el Diablo, y sólo tiene la preocupación de mantener entre ellos el fiel de la balanza. Para él no puede existir *nunca* razón, cuando toma un partido. Le parece incompatible marcarse a sí mismo una elección, menos aún una inclinación; ha de planear. En esto la línea que traza puede no revelar ninguna deformación; pero ya no es una línea recta: forma un círculo, en cuyo centro está el escritor.

La obra es una defensa. Es, también, un engaño. Resistir a todo, no es el medio de ir a algo. E *ir a algo* es la razón de ser de aquel que piensa, y, con mayor motivo, la de aquel que expresa su pensa-

miento. Porque sabemos muy bien que, se quiera o no, la palabra es una potencia temible.

Si el escritor escribe una frase corta, como, por ejemplo, «Todo es vano» —frase en la que puede, a veces, acomodarse perfectamente, llegando incluso a extraer de ella una alegría completa—, ¿qué consecuencia provocará en un espíritu propenso a la desesperación? Hay, sin embargo, algunos casos en los que la resistencia, la negativa, pueden ofrecer una conclusión positiva. El más típico es, seguramente, el de la guerra.

Si consideramos, por ejemplo, las guerras que han estallado en el mundo desde principios de siglo —dejando a un lado las guerras coloniales—, no veremos una sola en la que uno de los adversarios haya podido motivar la adhesión total del espíritu. Unos y otros imponían dudas, prevenciones, esto es, imposibilidad de tomar parte en el juego. La más larga y terrible de ellas, la de 1914, ha demostrado a los hombres de buena fe, por la masa de documentos que posteriormente se publicaron sobre sus orígenes, que únicamente los escritores que le negaron su adhesión habían permanecido al lado de lo real y de lo justo. No cayendo en la trampa, no solamente se dieron satisfacción a sí mismos, sino que cumplieron un deber.

Pues bien; he aquí que hace un año dió comienzo en Occidente una guerra que ha transtornado todos los principios. Una guerra tan simple, *tan pura*, que ha obligado al intelectual a intervenir, que ha exigido de él que intervenga; una guerra que no hace pensar en ninguna otra, sino en uno de esos errores judiciales, como el que conoció mi país hace cuarenta años.

Por una parte, un pueblo tranquilo y valeroso obtiene, dentro de la legalidad, el poder necesario para conquistar su verdadero sitio en el mundo. A pesar de los llamamientos, llenos de amenazas, a pesar de una opresión general, se expresa libremente, transforma con su voto el rostro de la nación, o, mejor dicho, descubre este rostro bajo la máscara gesticuladora de sus «malos dueños». Pero éstos no capitulan. Venidos, empuñan las armas, quieren hacer creer que hay una revolución de masas, cuando en realidad se trata de una rebelión militar. Atacan en nombre de aquello que quieren destruir. Hablan de la Cruz, y se

sirven de la Media Luna. Hablan de la Patria, y sirven a los intereses extranjeros más visibles.

El pueblo, atacado, se defiende. Con todo empeño. El, que tiene todos sus derechos, tanto legales como morales, piensa que proclamarlos una vez más ante el mundo libre bastará para poner término a la injusticia. Nosotros sabemos cómo ha respondido el mundo «libre», excepción hecha de la U. R. S. S. y México.

Pero también sabemos de qué manera han respondido por su parte, desde hace un año, los intelectuales conscientes de los deberes del espíritu. Este Congreso es una prueba de ello, no tanto por sus trabajos —que, a mi juicio, hubieran podido ser más numerosos y de mayor envergadura—, como por su existencia misma. Además, es excusable. El por qué hemos tomado partido hace un año en nuestros respectivos países, se nos ha revelado ahora, como una realidad mucho más bella que todas nuestras imaginaciones. Algunos episodios de las sesiones de Madrid —y Madrid mismo— han producido el milagro, tan raro en el intelectual, de hacer renacer en él al hombre total, es decir, al hombre entre los hombres. Esos episodios han logrado romper esta soledad interior que, según parece, es nuestra fuerza, esa soledad que alguno de nosotros reconocía como una necesidad, pero que la mayoría de las veces es pesada y desesperante. Acabamos de vivir momentos que justifican, no solamente la adhesión, sino la existencia. Casi todos los discursos que hemos oído —y éste no es una contravención de la regla— han estado inspirados por esta prodigiosa revelación, han sido gritos de pasión y de amor. No nos lo reprochemos. Tomemos simplemente la resolución de emprender, a nuestro regreso, el trabajo con nuestros propios medios, para servir a aquello que sabemos es lo verdadero.

Lo digo, no con orgullo, sino con la más perfecta humildad: España necesita aún de nosotros. El error judicial prosigue entre sangre y muerte. En medio de los odios y de los intereses conjugados, debemos continuar nuestra tarea. A pesar de que la victoria no es dudosa, aún hay que ponerlo todo en marcha, para que aparezca por el horizonte cuanto antes. Los intelectuales tienen una misión a seguir de bastante importancia. La victoria no es dudosa. Quiero recordar aquí la frase de un escritor francés, que nos ha dado muchos ejemplos y que merece

ser citado cada vez que el escritor cumple su deber social: Anatole France. En una reunión, a propósito del asunto Dreyfus, precisamente, Anatole France concluyó su discurso entregándose por entero con estas palabras: «Tendremos razón, porque tenemos razón.»

Camaradas españoles: vosotros también tendréis razón, porque tenéis razón. Pronto nos encontraremos en una España liberada. ¡Adelantemos esa hora! Ella debe ser para todos nosotros la finalidad más importante.

JEF LAST (Holanda)

Camaradas: Hubo un tiempo en que yo odiaba al fascismo intelectualmente, por decirlo así. Sus doctrinas, sus actos, todo lo que de él sabía por los libros o por los relatos de los camaradas, me parecía no sólo aborrecible, sino incluso en contradicción con la cultura y con la vida.

Más valía morir que vivir bajo un régimen semejante; valía más dejar mujeres e hijos para irse a luchar a España, que no asistir al envenenamiento del alma y del espíritu de esos hijos, caso de que el fascismo triunfara en Europa. Este odio, camaradas —odio de artista contra la fealdad, odio de intelectual contra la estupidez y la mentira, odio de ser humano contra la crueldad más bestial—, era, pues, bastante fuerte; pero es necesario decir que, al cabo de nueve meses de luchar en España, ese odio ha cambiado por completo de carácter. En lugar de ser cerebral, se me ha metido, por decirlo así, en la masa de la sangre, forma parte integrante de mi ser, de igual modo que ha echado raíces en lo más hondo del corazón de los nobles camaradas a cuyo lado, en la misma trinchera, he tenido la suerte de batirme. Oír lo que cuentan unos, leer los periódicos, ver las fotografías, es una cosa; tocar con tus propias manos el cuerpo despedazado de una mujer a la que antes has admirado, recoger piltrafas de niños que han estado jugando al lado tuyo, volver a ver, convertida en ruinas, la humilde morada a la que habías sido invitado, es otra cosa.

La guerra totalitaria que nos están haciendo, no sólo supera en

crueledad, en brutalidad y en cobardía a cuanto haya visto nunca el mundo: supera igualmente a la imaginación más perversa y cruel. Después de cuanto hemos visto y vivido, un Octavio Mirbeau, un Poe, inclusive, nos parecen escritores harto endebles.

Dice un refrán de mi tierra que a todo se acostumbra uno, incluso a estar colgado con una cuerda atada al cuello. Lo cierto es que el pueblo español, y sobre todo el de Madrid, se ha acostumbrado a vivir en el heroísmo, como hay otros pueblos que se acostumbran cada vez más a vivir en la cobardía.

Pero vuestra venida aquí —este simbólico acto de fe en nuestra victoria, esta alianza con el proletariado en armas— me parece, sobre todo en este momento, significativa desde otro punto de vista. Si nuestra lucha no fuese más que una lucha *contra* algo, si no fuese al mismo tiempo una lucha *por* más amor cada vez, por más justicia, por más libertad y más cultura como nuestros soldados la entienden, estaría perdida de antemano.

La lucha por la cultura: eso es lo que nos reúne.

El soldado analfabeto de mi Compañía que escribía en la primera carta a su mujer: «Cada día estoy más contento de haber venido aquí, porque aquí aprendo cosas que nunca hubiera podido aprender en mi pueblo», o los soldados que en los edificios de la Ciudad Universitaria habían pegado cartelones llenos de faltas de ortografía, en los que se decía: «Camaradas, no toquéis a los instrumentos, que están al servicio de la ciencia», o bien aquellos milicianos que arriesgaban sus vidas por salvar del Palacio de Liria en llamas los tesoros de arte, todos ellos luchan por la misma cultura que defendemos nosotros, por una cultura que veneran sin haber probado nunca sus frutos.

Miguel de Unamuno ha escrito, en su libro sobre Don Quijote y Sancho, que, de estos dos personajes, era Sancho Panza el verdadero idealista, porque creía en Don Quijote. Y no es posible releer la obra maestra de Cervantes sin percibir en cada página esa admiración que, a pesar de todo, siente el hombre del pueblo hacia su superior en espíritu, veneración que le induce a seguir al intelectual, incluso cuando su razón le dice que no debe hacerlo.

No quisiera yo comparar al magnífico pueblo español de hoy, he-

roico y consciente, con Sancho Panza, que, sin defenderse, aguantaba los golpes no más que por ganar su famosa isla. Pero sí me atrevo a decir que en el Sancho gobernador, probo, justo y valeroso, pueden encontrarse ya, con todo, las características esenciales de los milicianos de nuestro glorioso Ejército.

Otros escritores, en cambio, han comparado a Don Quijote con el intelectual de nuestros días. Ello nos impone una enorme responsabilidad. Si es cierto que los escritores son, según la célebre frase de Stalin, «los ingenieros del alma», es menester que trabajen con una consciencia de matemáticos.

Para citar una vez más a nuestro gran jefe Stalin: «¡Vigilancia, vigilancia y vigilancia!» Ocurre a veces que el médico que combate una enfermedad sea el primer contagiado por los bacilos de esa enfermedad. Velemos para evitar todo contagio. Basta de «trahison de clerics». Basta de procederes mecánicos y de rótulos demasiado cómodos. Nuestro deber no puede ser nunca seguir el surco de los periodistas y de los oradores; tenemos nuestro quehacer claramente definido: el de ahondar en el sentido de esta lucha homérica a que tenemos el honor y la suerte de asistir. ¡Que no se diga de nosotros que el valor moral es cosa mucho más difícil de lograr que el valor físico de los soldados que están en la trinchera!

No olvidemos nunca que en la base de toda cultura está la crítica, la autocrítica que tanto nos ha recomendado Lenin. Allí donde falta la crítica, las injusticias y las inmundicias se engangrenan como heridas que han cerrado en falso. Hay que sacarlas a la luz para poder curarlas. Quien se calla por temor a que nuestros enemigos puedan servirse de su crítica, se dará cuenta amargamente, algún día, de que los mismos males que dejó de señalar, creciendo incesantemente y con toda tranquilidad, hablan y acusan con más fuerza que cuanto hubiera podido hacer su crítica. Lo que amenaza la vida del paciente es la enfermedad misma, y no el diagnóstico del médico.

He hablado de «ahondar».

Aplaudo de todo corazón este «frente popular» que nos une en nuestra lucha por la democracia. Veo en ese «frente popular», no sólo una garantía de la victoria, sino la realización de los deseos de todo el

proletariado, el primer paso que habrá de conducirnos a la consigna de Marx : «¡ Proletarios de todos los países, uníos !»

Sin embargo, ese frente popular presenta aún con demasiada frecuencia el carácter de una colaboración puramente oportunista. Es imposible quedarse ahí.

Son lazos más estrechos que los del interés los que nos unen a amigos como nuestro presidente José Bergamín, a los heroicos defensores católicos de Euzkadi. La consigna de Marx de que «la religión es el opio del pueblo» no basta ya para explicar la honda simpatía que encuentra nuestro ideal en toda la vanguardia de la juventud católica. A los intelectuales incumbe el deber de descubrir lo que de común tenemos, no en informes y resoluciones, sino en Francisco de Asís, en los padres de la Iglesia, y en aquellos socialistas de la Edad Media que hacían su revolución en nombre de la misma doctrina que en la actualidad se ve perseguida por Hitler.

Aparte de esto, al comprender que la lucha del proletariado es una lucha por la vida feliz de las generaciones futuras, la lucha de los intelectuales debe dirigirse hacia el mismo fin, declarando la guerra a todos los restos de una moral burguesa, capitalista o patrioter, que atenta contra esa felicidad. El proletariado tiene derecho a exigir de nosotros las bases de una moral nueva y de un arte nuevo que estén de acuerdo con sus aspiraciones. El águila, una vez puesta en libertad, no puede volver nunca a su antigua jaula. El Don Quijote Moderno no puede ya contentarse con explotar a Sancho Panza para su gloria puramente **personal** ; debe unirse al alma misma del pueblo, para poder satisfacer **unos** deseos santificados por ríos de sangre humana.

! (La lucha del pueblo español, repito, es la lucha de la vanguardia del proletariado mundial por la libertad, la justicia y la cultura.) Ha habido momentos en que esa lucha parecía exasperada. En esos momentos me he acordado de aquella otra lucha que sostuvo una vez mi pueblo con el monarca más poderoso del mundo, aliado con la Iglesia omnipotente. Me he acordado del año 1572, cuando tan sólo dos de las siete provincias hacían resistencia al enemigo : el ejército estaba derrotado, y solamente el pueblo en armas defendía encarnizadamente las pocas ciudades que todavía eran libres. Todos sabéis cómo vino a ter-

minar aquella lucha en la liberación de los Países Bajos, y cómo, pocos años después, las artes y la cultura, en un régimen bastante democrático para su tiempo, cobraban en Holanda un impulso no igualado en ninguna otra parte, bajo los regímenes autocráticos.

Esa lucha de los «mendigos» de mi tierra, la Revolución francesa, la gloriosa Revolución rusa y ahora la magnífica defensa de la España republicana, no son más que episodios de la evolución humana. Ningún río vuelve nunca a su manadero. El río de la evolución humana sale de las sangrientas tinieblas que los dictadores fascistas quisieran restablecer. Se dirige hacia el mar libre de «el género humano que es la Internacional». ¡Gloria y victoria al noble pueblo de España que ha sido el primero en hacer saltar los diques que a esa corriente se oponían, salvando, con sus actos, a la Europa occidental, del pantano en que no pueden menos de ahogarse todos los gérmenes de cultura! ¡Gloria y victoria a mis camaradas de las trincheras que escriben con su sangre páginas más hermosas que las que jamás sabrá escribir ninguno de nosotros!

NORDAHL GRIEG (*Noruega*)

Un escritor antifascista que, desde su país apacible y neutral, llega a la España en lucha, siente la necesidad de probarse a sí mismo y de probar su obra. Su propia insuficiencia le causa entonces un sentimiento de vergüenza. Ve a los hombres en las trincheras que lo dan todo, que viven en un mundo de acción y de muerte, y no puede dejar de pensar que él se ha quedado lejos del peligro con las palabras y la vida.

En España sentirá constantemente lo que seguramente ya ha sentido en otros momentos llenos de amargura y de reproches, que su contribución debe ser infinitamente más grande y más infatigable. Lo que ha visto aquí será como una llaga abrasadora en su conciencia. Cada día que no aporte todas sus fuerzas a la lucha contra el fascismo, tendrá el sentimiento de traicionar a estos hombres que le han entusiasmado por su heroísmo y, en su país neutral, se sentirá un desertor del frente español.

Es el derecho a llamarnos camaradas y hermanos de los combatientes el que nosotros, escritores de los países democráticos, debemos conquistar.

Que nuestras palabras vuelvan a ser eficaces, como lo han llegado a ser en España y en la literatura constructiva de la Unión Soviética. Allí, la palabra se ha convertido en acción.

Frente a Madrid, en las trincheras de las primeras líneas de la República, hemos visto escuelas y bibliotecas a cien metros del frente fascista. Las ametralladoras de los moros tiran por encima de las trincheras, mientras que los jóvenes soldados van a la escuela. Es el símbolo del fascismo querer arrebatarnos al pueblo la posibilidad de una vida más bella. Pero en esas clases ahondadas en la tierra, la palabra desarrolla al hombre, la palabra le hace más fuerte, más consciente, la palabra le abre un porvenir mayor. Y todas las noches el coche del altavoz sale para el frente, las palabras se oyen a tres kilómetros, los fascistas deben escuchar la verdad. Tiran sobre el altavoz, tiran sobre la verdad. Pero las palabras llegan a muchos de los suyos, les obligan a pensar y frecuentemente les hacen deponer las armas. Las palabras pueden dar la fe al hombre y sembrar la duda entre el enemigo, pueden aproximar la victoria sobre el fascismo. He aquí lo que son las palabras eficaces y es esto lo que debemos aprender en las democracias de la Europa occidental.

Una de las tareas de este Congreso es la de definir el terreno de nuestra actividad, hacer ver lo que podemos hacer en la lucha contra el fascismo y, ante todo, lo que podemos hacer por la República española.

Para que una palabra tenga potencia, no es preciso que se exprese, sino que llegue a aquellos a quienes puede servir. Nosotros, los escritores antifascistas de los países democráticos, sabemos, o deberíamos saber, que nuestras palabras no van hasta aquellos que deberían servirse de ellas. La mayoría de nuestros lectores son burgueses en quienes nuestras palabras, todo lo más, despiertan algunos pensamientos que inmediatamente vuelven a amodorrarse. Un artífice busca los mejores materiales para su trabajo, pero nosotros, los escritores, ¿lo hacemos?

¿Vamos hasta la parte más maleable, la más prometedora de nuestro pueblo: hasta las masas? La respuesta es que no.

Voy a tomar un ejemplo preciso. La organización internacional de marinos no ha decidido aún el bloqueo de Franco. Algunos países han intentado declarar el bloqueo, pero, por ejemplo, en Noruega las autoridades han declarado ilegal el bloqueo de los puertos franquistas. Es, pues, ilegal obrar humanamente. El argumento burgués contra el bloqueo es que no hay ninguna acción internacional, lo que no sería más que un golpe de espada en el mar, puesto que las organizaciones de marinos en la mayor parte de los países, y particularmente en Inglaterra, se mantendrían apartadas. En general nosotros acusamos a los jefes de los sindicatos. Bien. Pero no es interesante acusar a los demás. Lo que nos interesa a nosotros, escritores antifascistas, es hacer la pregunta así: Nuestra palabra, nuestra lucha contra el fascismo, por una España libre, ¿ha llegado a los trabajadores, a los marinos, los ha estimulado? Los hechos prueban que no los hemos estimulado.

Entre los marinos se encuentran los mejores hombres del proletariado; tienen una profunda facultad de solidaridad; ayudan con abnegación y heroísmo a camaradas desconocidos que peligran en la tempestad; pero la solidaridad con los camaradas en peligro en una democracia amenazada no se ha realizado aún. Un esteta burgués dirá que esta cuestión estaría en su lugar en un congreso de trabajadores de transportes y no en una reunión de escritores. Pero nosotros estamos mejor informados: nuestros intereses, nuestra lucha, son los mismos. Se trata, para nosotros escritores, de hacernos escuchar por las masas trabajadoras, de decirlas en un lenguaje que comprendan, *que es aquí y ahora* cuando debe influir su solidaridad. Cada día que se retrase el bloqueo de Franco, mueren hermanos suyos, mujeres y niños son asesinados.

Es preciso que nuestros esfuerzos para hacerlo comprender a los marinos estén guiados por un plan internacional: los escritores de América, de Inglaterra, de Escandinavia, de Holanda, de Bélgica y de Francia deben actuar al mismo tiempo y unánimemente. Debemos encontrar la palabra que cree la acción. He aquí dónde están nuestras responsabilidades, nuestro deber. He mencionado este caso particular y con-

creto, porque ante todo este Congreso debe ocuparse de cuestiones concretas. Otros escritores de miras más elevadas y más vasta experiencia suscitarán otros problemas. Aquí en España nuestra voluntad, ardiente y constante, de participar en la lucha antifascista, habrá recibido tareas precisas y una nueva fuerza.

FEEDOR KELYIN (U. R. S. S.)

Camaradas y hermanos: El problema que quiero tratar en mi ponencia ante este insigne Congreso, puede aparecer muy abstracto y poco ligado a la batalla heroica y sangrienta que está librando ahora el gran pueblo español contra la barbarie e incultura fascista.

Es el problema de los lazos culturales, que existen desde hace casi un siglo entre los dos pueblos hermanos, el pueblo ruso y el pueblo español.

No entra de ninguna manera en mi propósito hacer aquí una disertación sabia. Pero quiero demostrar con el ejemplo la influencia que ha tenido y tiene la noble cultura española sobre el arte (y especialmente la literatura rusa), la eterna fuerza moral y artística del espíritu español, que conquista al mundo a pesar de la destrucción de Madrid, gloriosa ciudad de fama inmortal, a pesar de las bombas que han tirado los «Caproni» y «Junkers» sobre la antigua y noble tierra vasca, a pesar de Guernica y centenares de grandes y pequeños pueblos españoles.

Esta ponencia mía no presenta apuntes para una investigación futura. No comenzaré por una época muy remota. Diré solamente que la verdadera comprensión de la cultura española, de la entusiasta penetración con ella, empezó en Rusia prerrevolucionaria con nuestro gran Puskin. El genial poeta, no solamente conocía bien la literatura española, sino también la comprendía y la amaba de todo corazón. En su impetuosa juventud, Puskin cantaba a Riego, a «los luchadores por la libertad española», que era para él la libertad universal. En sus años maduros aprendía a amar a los escritores españoles, sobre todo a Cervantes y a Lope de Vega, que leía en original. He sabido que Puskin, aconsejando a Gogol a hacer una gran novela —*Las almas muertas*—,

le puso de ejemplo a Cervantes, héroe inmortal. Puskin acabó para siempre con la leyenda negra sobre la incultura medieval del pueblo español, que penetró en Rusia con Voltaire y los enciclopedistas franceses. Entre sus obras, hay una versión genial de *El convidado de piedra* —verdadera joya de la literatura rusa—. Se interesaba calurosamente por el *Romancero español*, que imitó en una de sus poesías.

Después de Puskin vino toda una pléyade de escritores eminentes que, directa o indirectamente, hacían propaganda de la cultura española. Citaré aquí al gran crítico ruso Bolinsky, a los famosos novelistas Turgueneff, Dostoiewsky; al gran dramaturgo ruso Ifrovsky, a quien debemos la magnífica traducción del teatro de Cervantes.

No trataré aquí de la influencia de Cervantes y su obra genial. Es una cosa comprobada y conocida. En cambio querría decir algunas palabras sobre la suerte en Rusia del teatro clásico español. Lope y Calderón, desde mediados del siglo XIX, se convierten en verdaderos compañeros de ruta «de la mejor parte de la sociedad rusa», es decir, de su parte más adelantada y progresiva. Basta decir que cuando los popularistas se pusieron a la cabeza del recién nacido movimiento revolucionario ruso, el «Fuenteovejuna», de Lope, fué leído y comentado en los círculos de nuestra sociedad.

El Gobierno zarista comprendió muy pronto qué fuerza libertaria tenía el teatro clásico español. La prueba manifiesta de este odio, de este miedo, ha sido la prohibición del mismo «Fuenteovejuna». Puesta en escena en 1897 por el Pequeño Teatro Imperial de Moscou, con la famosa Yermolova, que hacía el papel de Laurencia, tuvo sólo una representación. El Gobierno zarista, al mismo tiempo, sabotó el estudio de la cultura española. Pero nada podía contra el interés latente que vivía en la parte más progresiva y adelantada de la nación rusa.

La revolución de octubre abre de par en par las puertas a este enorme interés, a este entusiasmo cada vez más creciente. Y aquí tengo que citar los nombres de fama universal, los nombres de Máximo Gorki y de Lunacharsky. Hicieron para la comprensión de la cultura clásica española lo que hoy día hacen Kolzow y Ehrenburg por la España nueva. Casi al día siguiente de la Revolución de octubre se formó en Leningrado una editorial: «La Literatura Mundial». Su programa alcanzaba a la

edición de los mejores clásicos españoles, desde «El Cantar del Mio Cid» hasta Valle-Inclán, y el gran poeta que admiramos, Antonio Machado. Bajo el régimen revolucionario comenzaron a aparecer investigaciones y estudios científicos sobre la literatura española (Cervantes, Lope de Vega, Tirso de Molina, etc.). Nuestros sabios, en su labor de investigación colectiva, han tomado por base los artículos geniales de Carlos Marx sobre el proceso revolucionario español. Siguiendo el ejemplo admirable de Marx, se han puesto a estudiar la historia del pueblo español en su conjunto. Puedo asegurarles que en la Unión Soviética conocemos y admiramos a Menéndez Pidal, a Montesinos, a Navarro Tomás.

En cuanto a los teatros soviéticos, les daré una estadística para la temporada 1937-38. Antes de venir a España, he visitado los teatros más importantes de Moscou, para saber lo que pensaban hacer del teatro español. El resultado ha sido éste: Casi todos los teatros hacen piezas españolas. El «Fuenteovejuna», traducido al idioma de nuestras minorías nacionales, forma parte del repertorio de los teatros Kyrgiz, Azorbaidján y del Koljosiano. Myejold, en 1937, ensayará «El alcalde de Zalamea», y Tairoff, «La estrella de Sevilla».

Ahora bien, ¿por qué nuestros lectores y espectadores soviéticos admiran tanto la cultura y el arte español? La contestación parece simple. Porque en la cultura española late la sangre generosa de esta noble tierra y una aspiración eterna a la libertad. Esto explica por qué los lazos culturales entre los dos pueblos hermanos son tan firmes y tan estrechos. Voy a contarles un episodio de la guerra civil en el sur de Rusia, que puede apoyar mi juicio. Kiev, la capital de Ucrania, en 1919 estaba rodeada y sitiada por las tropas de los generales blancos. En el teatro de Kiev se hacía diariamente el «Fuenteovejuna». Gozaba de una popularidad enorme entre los espectadores. ¿Quiénes eran ellos? Guerreros rojos que venían al espectáculo diariamente desde las líneas de fuego, de las trincheras. Casi todos los espectáculos terminaban con la Internacional cantada por toda la sala. Cuando Laurencia recitaba su famoso monólogo, todo el teatro se levantaba en pie. Los guerreros rojos no admitían el final trágico, querían ayudar a la pobre aldea andaluza, martirizada y torturada por las aves de rapiña feudales. De esta manera, «Fuenteovejuna», una vez más, sirvió a la revolución.

Pese a las bombas fascistas, no podrán matar la eterna y grande cultura española. Pertenece a la humanidad que la defiende, que la admira. Pertenece al porvenir, y en nombre de ese porvenir, ¡Viva la eterna y grande cultura española! ¡Viva la amistad profunda que une a los dos pueblos hermanos! ¡Viva España, heroica luchadora por la libertad mundial!

ANDRÉ CHAMSON (*Francia*)

Camaradas: Hemos venido a vosotros como escritores, como escritores que han escogido la dirección de su vida; pero después de algunos días entre vosotros, no puedo presentaros más que a un hombre completamente al desnudo, porque ha tocado una de las mayores experiencias humanas que hayan existido jamás. Todos nosotros, los escritores, hacemos nuestras obras apoyándonos en la experiencia del hombre. Mas, sin duda, jamás hemos tocado de cerca una experiencia tan terrible, tan grandiosa. Por mi parte hubiera preferido venir a vosotros sin haber despertado todavía a la vida del pensamiento y de la creación, para, sobre esta experiencia que nos habéis dado, fundar mis obras y sus testimonios.

¿Qué experiencia hemos realizado aquí? Podemos decir que la de la fraternidad, la del sentimiento de la dignidad humana, la de la comprensión de todo aquello sobre lo que se funda la cultura, y ese delirio de elevación que es, al mismo tiempo, su finalidad.

Pero yo creo que no bastan todas estas explicaciones; lo que aquí hemos tocado es el hombre mismo. Y vuestros campesinos, vuestros obreros, y los hombres de vuestras ciudades, no se nos aparecen como semejantes a los hombres de cada una de las naciones a que pertenecemos, sino muy por encima de ellos mismos. Tanto por la prueba como por la lucha empeñada, aparecen más bellos, más fuertes y más grandes.

De nuestro paso por vuestra tierra, de la hospitalidad que nos habéis brindado, de ese pan que habéis compartido con nosotros, nos queda, con esta experiencia, el sentimiento de nuestro deber. Como escritores es-

cribimos con nuestros testimonios. Si los escritores que llevamos dentro de nosotros han desaparecido momentáneamente ante la violencia de la experiencia humana por que acabamos de atravesar, que despierten y digan al mundo que la verdad y la justicia están con vosotros, que despierten y que despierten a las naciones que consienten que se ejecute el crimen. Yo quisiera, por mi parte, que me fuera dada la fuerza suficiente para pronunciar un testimonio tan resonante, unido a los de todos mis camaradas, que mañana, en todas las ciudades del mundo que están aún en seguridad, en París, en Londres, en Nueva York, cada vez que el alba despierta, en la hora en que sobre Madrid se desencadenan los criminales raids aéreos, no haya una sola mujer ni un solo hombre que no deje de sentir que sube, desde el fondo de su corazón, una gran angustia. En medio de esta angustia universal, únicamente Madrid, insensible a la prueba y sonriente en su resolución, quedará al abrigo de la angustia y del temor.

Pero que esta angustia y este temor del mundo entero se transforme en voluntad de poner fin a esta guerra que sufrís por nosotros, y que no puede acabar más que con el triunfo de la verdad y de la justicia.

TRISTAN TZARA (*Francia*)

El problema del intelectual que se plantea hoy con más intensidad, es el de la *conciencia*: la conciencia del escritor y la conciencia que el escritor debe despertar en las masas. Intentaré tratar estos dos aspectos del problema, aspectos de un solo y mismo problema. Pero únicamente podremos establecer un debate sobre este asunto desde su ángulo *actual*, pues es evidente que, desde que el hombre piensa, en cada uno de los grados de su desarrollo, la adquisición de su conciencia y su devenir, han sido el centro de todas las preocupaciones de la razón humana.

Ciertamente, la mayoría de los escritores, tanto por sus orígenes como por el mundo de las ideas en que vivían, se han situado hasta aquí al margen de las luchas sociales. A lo sumo, ha podido influir en ellos el carácter efectivo de estas luchas. Pero en el momento en que estas luchas estáticas se convierten en luchas dinámicas, en el momento

revolucionario que hace estallar la guerra, ante la conflagración general de todos los elementos de una civilización, el escritor, si no quiere correr el riesgo de desaparecer como tal, debe tomar posición.

Por desgracia, hemos visto escritores que vuelven a una torre de marfil que su razón había condenado hacía mucho tiempo. Hemos visto a escritores que, en nombre de la razón misma, se refugiaban, si no en una indiferencia ante los acontecimientos, por lo menos en un estado de ánimo en que la justicia y la humanidad no tienen nada que hacer, y que, bajo la aridez de una balanza de carácter puramente mecánico, oculta la condenación de toda participación activa.

En esta tesitura, hemos de habérmolas con el espíritu de no intervención aplicado de manera efectiva al mundo de las letras. Toda la juventud del mundo condena unánimemente a este falso espíritu. ¿Cuáles son hoy los escritores que, basándose en una ideología pacifista o antimilitarista, aplican íntegramente los preceptos formulados en monopolio burgués a un estado de cosas que representa precisamente la transformación de este estado?

Son los mismos que, atrapando, por así decirlo, por los pies una época revuelta, tratan de justificar como revolucionario aquello que hace tiempo ha dejado de serlo.

Nos hallamos nuevamente en presencia de todo un mundo de descontentos, de insatisfechos, que aplican los mismos descontentos y las mismas insatisfacciones allá donde los acontecimientos han rebasado sus objetivos. El mundo es un cambio incesante, un movimiento continuo. Y es propio de épocas revolucionarias que estos cambios sean rápidos. La espontaneidad de estos cambios, su brusco movimiento, son los que abren las compuertas a razones insospechadas, a energías latentes.

El reconocimiento de estos fenómenos sociales, ante los que el escritor no puede quedar indiferente, implica de su parte el reconocimiento de una *conciencia revolucionaria*. Se sitúa sobre un nivel superior, en relación con la conciencia pacífica de las épocas prerrevolucionarias. Nada puede impedir la indivisibilidad del espíritu humano. Establecer en este dominio una separación artificial sería ir contra la naturaleza de las cosas.

La razón humana es una e indivisible y sus relaciones con la vida deben ser constantes. Pero, ¿cuántas veces no hemos oído decir que la libertad de la conciencia es un bien sagrado de la humanidad que hay que *salvaguardar, pase lo que pase*? Sí, camaradas: éste es nuestro deber, pero, ¿de qué libertad se trata, y de qué conciencia? No tenemos derecho a desplazar el problema. ¿Es de la libertad que, en nombre de una abstracción generosa, pero abstracción al fin, mina los fundamentos de un futuro del que ya se entrevé el sentido? ¿No sabemos ya demasiado que la libertad que usurpa la de otro individuo se llama tiranía? ¿No es acaso la peor tiranía, aquella de los instintos incontrollables que, por satisfacciones momentáneas, pone en juego el destino de esta misma libertad que pedimos para los pueblos?

Hay, pues, que denunciar una gran confusión en aquellos que invocan la libertad a toda costa, porque, de un lado, la libertad ha de estar forzosamente limitada por necesidades sociales del momento —en perpetua transformación—, y, por otro lado, la conciencia misma cambia de contenido en cada fase de la historia.

Si la finalidad sigue siendo la misma, la dignidad del hombre en la conciencia y la libertad, sería criminal la aplicación en épocas revolucionarias, de yo no sé qué principios paradisíacos como reivindicación inmediata que la realidad de las cosas hace imposible o perjudicial.

Por esta razón, la palabra puede ser un arma más terrible que los cañones más potentes. Yo sé hasta qué punto puede agudizarse el conflicto en un ser sensible, entre la conciencia de la finalidad a perseguir y el pasaje necesario para llegar a esa finalidad. No se trata de aminorar al hombre, de castrarlo, sino, por el contrario, de enriquecerlo, de conducirlo hacia la plenitud. No se trata de renunciamento, sino tan sólo de hacer sensible el beneficio en dignidad de la persona humana. He visto aquí, en los frentes, a campesinos que de buen grado han renunciado a cuanto tenían, pero que, no obstante, al adquirir ese *mínimum* de conciencia de que son también hombres —pues que precisamente esto es lo que se les negó durante siglos de opresión—, se han sentido lo bastante maduros para dar sus vidas en lo sucesivo dignificadas.

No nos engañemos: además de la adquisición de una conciencia

revolucionaria en el escritor, hay que despertar en las masas la conciencia de la calidad de hombre y el deseo de alcanzar la dignidad, de hacer sensible a los hombres el sentido mismo de esta dignidad.

Las masas son flotantes; el papel del escritor es enorme en la batalla que ha de librar para romper su indiferencia.

El poeta ya lo ha dicho, es un hombre de acción. Hasta aquí ha rechazado su deseo de acción y lo ha sublimizado para crear un mundo suyo, en el que la plenitud humana podía darse libre curso. Después de los trágicos acontecimientos —mas ¡cuán llenos de esperanza!— que laboran vuestra tierra española y elevan el espíritu a alturas de una inexpressable pureza, hemos visto a estos mismos poetas identificarse con vuestra lucha. Esta lucha ha sido la solución de sus conflictos interiores. Nada puede impedirles ya que luchen hasta la victoria total, y esta victoria será una nueva luz que brillará en el horizonte del mundo entero como una señal definitiva de todas las victorias que se trata aún de ganar, y también de merecer.

STEPHEN SPENDER (*Inglaterra*)

Cuán imposible para nosotros, que representamos a los escritores de Inglaterra aquí en Madrid, la tumba del fascismo, el olvidar a nuestros camaradas, a estos escritores e intelectuales para los cuales el frente de Madrid también fué una tumba: Ralph Fox, Christofer, St. John Sprigg, John Cornferd, son los dirigentes naturales de nuestro movimiento de sostén a la democracia española. Tras ellos, nosotros, que nos acercamos ahora, debemos sentir que estamos fuera del centro de esta lucha donde cayeron.

Pero otros escritores que encontramos en España, son vínculos entre nosotros y los muertos: Tom Wintringham, Ralph Bates, y nos vinculan también con los centenares de escritores desconocidos de la Brigada y con los camaradas internacionales que luchan, camaradas como Ludwig Renn y como Miguel Hernández, el pastor de Málaga que ha llegado a ser a la vez un soldado de la civilización y el poeta emocionante y profundamente imaginativo de esta guerra.

Nosotros recordamos todos, con la más profunda emoción, lo que vimos ayer en un pueblecito donde almorzamos :

Los niños, cantando *La Internacional* delante de nuestras ventanas, bailando, saludándonos ; las mujeres, que lloraban la ausencia total de sus hombres, me preguntaban si no había un miembro del Congreso que pudiese explicarlas en español si habíamos comprendido su suerte.

Extremadamente conmovidos por aquella escena, no había ni uno de nosotros que no llorase o no sintiese ganas de llorar.

Cuando nos marchamos, yo había aprendido, y pienso que todos habían aprendido, dos de las lecciones que nos enseña la España de hoy :

Primero, que aquí, en las ciudades y en las aldeas, sufre todo un pueblo.

Segundo, que los crímenes del fascismo, en Badajoz, Irún, Durango y Guernica, no sólo son crímenes cínicos y bárbaros en un mundo burgués, dominado según los principios del imperialismo, sino que también son dañinos moralmente y que, según los principios de la civilización que nosotros defendemos, y según los principios de la religión que respetan muchos de nuestros camaradas, y aún según los principios medievales, aquellos dirigentes que están perpetrando estos crímenes en España, son condenados en la historia y en la verdad abstracta, eterna.

El mundo capitalista no tiene ninguna moralidad para condenar cualquier acto, cuando está perpetrado en el nombre del comercio y del capital.

Nosotros, los del movimiento revolucionario, nosotros, que somos poetas e intelectuales, vemos con una indignación creciente el crimen del fascismo, y afirmamos con una desesperación creciente, que no hay ningún punto en el capitalismo que sea vulnerable moralmente por el fascismo, porque el fascismo ejerce una moralidad de violencia y de avidez, que es la moralidad misma del capitalismo.

España ha enseñado al mundo que todavía existe la vía moral.

Consideramos otra parábola de los niños españoles : los niños vascos en Inglaterra, cuando oyeron la noticia de la caída de Bilbao, destruyeron los muebles de su campamento.

Para nosotros, que somos poetas, expresaron el sentido del cual ha-

bíamos estado ajenos muchos años: la indignación moral que nos ha producido a nosotros, que somos el sostén de la revolución y que nos hizo sostener al Gobierno español en la lucha.

Camaradas, vosotros que sois intelectuales, escritores, críticos, poetas; que sabéis que la civilización que defendemos es inseparable de la lucha contra el fascismo y la barbarie, tenéis el honor inolvidable e infinito de representar el centro geográfico de la lucha, de estar en el corazón de la civilización.

*JUAN MARINELLO (Cuba), Presidente de las Delegaciones
hispanoamericanas*

Camaradas:

Damos término esta tarde a un Congreso de veras histórico, a una obra que será advertida mañana como de impar significado. Hombres de libro y meditación han acudido de todos los rumbos a decir una coincidencia esencial en ciudades agostadas por el sitio y deshechas por la metralla; cabezas de resonancia exclusiva, cabezas singulares, han venido a inclinarse ante una misma verdad; gentes que fundan su poder y su excelencia en el hallazgo de hondas particularidades, se han dado aquí las manos en el firme entendimiento de un caso de sentido universal.

Hace algunos años esto hubiera lucido categoría milagrosa. Ayer se llegaba a Roma por todos los caminos. Hoy todos los caminos conducen a Madrid. Y cuando los hombres de parajes diversos y de vidas distintas andan caminos que van hacia un mismo lugar, es que se trata del grave caso de su salvación. A Roma se iba, en efecto, a salvar el alma, peleada con el cuerpo, que es impulso de evasión. A Madrid se llega para salvar el cuerpo con alma, que es ímpetu de comunicación. Por eso para llegar hasta Roma precisaba una fe; para arribar a Madrid, una evidencia.

El hombre que viene a Madrid es dueño de una experiencia decisiva, madre de su evidencia y sustento de una fe explicada por los hechos. No es hombre de partido, sino de justicia. Viene a Madrid—

a España—porque siente en sí mismo el caso español; porque ve en la obra de los sitiadores, de los opresores, un ademán contra el hombre; está con los sitiados heroicos de Madrid, con los defensores de España, porque ha descubierto que su batallar es un esfuerzo para realizar al hombre. Los que sitian Madrid, los que—lo hemos visto—usan la noche para despedazar carnes inocentes, quieren el mantenimiento de diferencias injustas, de crueles opresiones. Y como el ansia de liberación (lo decía hace siglos insuperablemente, una gran figura de la Iglesia Católica) es la única que identifica a todas las criaturas, el mundo que quieren los sitiadores de Madrid es un mundo violentado y corroído de antemano por una pugna enconada entre los que oprimen y los que libertan. Un hombre en ese mundo, como sea hombre verdadero, es un ser tan sitiado como el madrileño de hoy, un hombre que ha de emplear sus energías, las pocas que le deje vivas el opresor, en buscar para su vida una mejor realidad. El mundo de Franco, de Mussolini y de Hitler lleva en su vientre, como el caballo de Troya, la querella, la guerra, es decir, la muerte.

Los hombres que han venido a este Congreso quieren un mundo a semejanza del que están construyendo, a duro precio de sangre, los defensores de Madrid, los representantes verdaderos de la España popular: un mundo de paz y de superación. Mundo de paz, porque en él no puede hallar puesto la ira que enciende el mando injusto. Y mundo de superación, porque en su seno puede darse el hombre por entero a la búsqueda de sí mismo y a la proyección libérrima de sus potencias. Pero, ¿se está forjando efectivamente ese mundo en España? Para mí no hay dudas. El espectáculo más asombroso para el que llega a esta tierra no es la heroicidad del pueblo—y ya sabemos que es inmedible—, sino el sentido íntimo, animador, de esa heroicidad. Pueblo de los más valerosos y peleadores de la tierra, jamás ha acertado España a entender su coraje como una virtud utilitaria. Aquí jamás ha sido, aquí no será nunca la guerra, como en otras latitudes, negocio nacional. Ya dijo Angel Ganivet cómo lo militar, el profesionalismo de la violencia, no se compadecía con el ánimo española. España—pueblo en armas—no es un cuartel, sino una escuela. En cada frente el maestro va del brazo del soldado, cuando éste no es

también maestro. Lo que está diciendo cómo la milicia es aquí hábil herramienta en manos que conocen su poder, obligada etapa, esfuerzo necesario para impedir la vuelta de una realidad maldecida. Y sólo eso.

Ante hecho de tal tamaño; ante un pueblo que, cercado por la barbarie más poderosa del mundo, funda escuelas excelentes y publica revistas insuperables y cuida de su niñez y orienta a su juventud; ante un pueblo que tiene fuerza tan perspicaz que hace la guerra con arrojo inusitado sin empedernirse en la guerra misma, es explicable y obligada la adhesión de los hombres escritores. Los que aquí han venido han visto en este gesto de violencia sin odios y de guerra sin militarismos, en este impulso de construir desde ahora una convivencia mejor, la señal más rara, más alta y más noble de los tiempos actuales. Por eso, al ver de cerca la creación de una nueva Edad y la defensa anticipada de los valores de esa Edad, a decir la reverencia honda a un pueblo que defiende la cultura mientras pelea contra la muerte; a tocar el milagro de quien se salva del enemigo salvándose en sí mismo, a eso hemos venido, ¡camaradas!

Todos los hombres de sensibilidad y pensamiento, como lo sean de veras, han de estar junto a este espectáculo inesperado. Pero, digamos en seguida, que los hispanoamericanos lo estamos con un singular modo de adhesión. No hay que esforzarse demasiado para comprobarlo. Aparte el fortísimo vínculo sanguíneo y actuando sobre él, ha operado en esto el común impulso histórico. Sobre diferencias de raza y de geografía, primó en todo instante la común injusticia de una economía enfeudada. De un largo dolor, de una agonía de siglos y no de otra cosa, viene este entendimiento carnal de ahora. ¿Quién podrá entender mejor la razón del campesino de Andalucía que el indio de Bolivia? ¿Quién podrá saber de agresiones del poder económico mejor que el negro antillano? ¿Quién podrá sentir más de cerca la injuria de un pueblo ofendido y maltratado por castas reaccionarias que quien es maltratado y ofendido por tiranías torpes y crueles? Hace algunos días se asombraba un ilustre profesor chileno del parecido, de la identidad, entre los procedimientos inhumanos de Franco y los puestos en práctica por los sátrapas hispanoamericanos de ayer y de hoy. ¿Cómo

no si responden a intereses de igual fisonomía y son, además, hijos de la misma tradición opresora? Si son hasta las mismas gentes—padres, hijos, hermanos—; si nuestras masas obreras y campesinas descubren la misma piel que las españolas en la mano que las ofende... ¿No sabemos que buena cantidad de explotadores españoles, expulsados de aquí por la justicia popular, continúa en París una vida dispendiosa gracias a las rentas que les llegan de sus tierras americanas?

Nada une, camaradas, como la desdicha común. Hay en el hombre, es cierto, un insobornable sentimiento de lo justo; aún en los peores hay una sed de realización benéfica, pero la vida es varia y solicitadora y mil veces un canto acariciador hace olvidar un deber ceñudo. Hay una sola cosa que el hombre no olvida nunca: su destino. España, ya lo sabemos, es el destino del mundo, pero de modo más cercano, más preciso, más enérgico; es el destino de Hispano América. Por eso es una herida abierta en el costado más sensible de nuestros pueblos; por eso la adhesión hispanoamericana es de toda intensidad y de todo instante. Por eso Madrid ha venido a ser, sin literatura, la capital verdadera de nuestras patrias.

Yo podría traer ante vosotros mil casos que os dijeran con la elocuencia mejor, la de los hechos, cómo la adhesión de los pueblos hispánicos de América a la causa española traspasa todo límite, lo mismo allí, donde, como en el gran México, los gobiernos la comparten ejemplarmente, que en los países en que se le persigue y se le pena. No hay país nuestro en que los hombres explotados no presten su ayuda material al pueblo español. En parte alguna de la tierra se realiza una labor de prensa más continuada y ardorosa. Dados a la defensa del pueblo peninsular ven la luz numerosas publicaciones, y en la Argentina existe ya un periódico diario, de vida próspera y creciente, destinado de modo exclusivo a esa defensa. Yo he visto, camaradas, echarse a la calle toda una gran ciudad, la de México, ante la llegada de quinientos niños españoles, víctimas de la barbarie fascista, que iban allí a encontrar cultura y amor. Yo he visto a una multitud enorme llorar silenciosamente lágrimas hermanas de las que nosotros derramamos en Minglanilla en el instante en que los quinientos huérfanos gritaron ¡Viva México! con el puño alzado. (Yo sé que en mi tierra, donde estar con el pueblo de Es-

pañía no puede tener las simpatías de los que mandan, no pudo im-
pedirse un homenaje grandioso a Federico García Lorca, y otro, no me-
nos importante, a Pablo de la Torriente Brau.) Y sé también que des-
afiando todas las asechanzas gubernativas, el pueblo de La Habana
conmemoró el aniversario de la República española con un mitin que,
al decir de la prensa enemiga, pasó de diez mil asistentes. Yo sé, cama-
radas, que en el fondo de las prisiones crueles de nuestra tierra, donde
miles de hombres están purgando ahora su amor de libertad, España
es un nombre venerado y Madrid una devoción entrañada. España y
Madrid son hoy el fondo animador y la esperanza y la luz de nuestras
masas torturadas. Yo sé que en todos los frentes de España dan su
sangre con ejemplar gallardía hombres nacidos en nuestras tierras. Yo
sé que hay en nuestros países como una noble emulación para com-
batir mejor aquí las hordas del fascismo internacional, y que hay países,
como el mío, que, como para impedir que se confunda la actitud de su
Gobierno con las simpatías de su pueblo, ofrece, y no se olvide su pe-
queñez, el mayor número de combatientes. Yo sé que ya han sellado
con la muerte, españoles e hispanoamericanos, un pacto por primera
vez respetable, eficaz e indestructible: un pacto no asentado en retó-
ricas trasnochadas, sino en realidades que andan hacia un mañana de
claridades.

Bien sabemos que esta adhesión hispanoamericana significa la más
grave responsabilidad profesional y humana. Hemos convenido aquí en
que la literatura ha de ser parte de la vida, modo exaltado de la vida
misma. Lo que más nos importa, pues, como escritores, es la vida más
trascendente. Para nuestras tierras, el hecho español es vida intensa,
honda, vida de nuestra literatura. (Porque España es nada menos que
nuestro mañana.) La derrota del pueblo español, derrota imposible,
sería el inicio de una terrible edad media hispanoamericana; nuestras
dictaduras se darían las manos en una alegría satánica, bendecidas por
terratenientes, clérigos, soldados de pillaje y escribas traidores. El
triunfo español será, en cambio, un ejemplo de trascendencia inmensu-
rable. Nuestros pueblos habrán visto triunfar, contra todos los obs-
táculos, a una nación débil; nuestras masas habrán aprendido que no

precisa el arribo normal a las etapas superiores de organización capitalista para quebrar en su esencia al capitalismo.

La ejemplaridad específica de lo español, la esperanza firme en su trascendencia, ha de ser expuesta y esclarecida continuamente por nuestro escritor. No es que pidamos en cada uno de nuestros hombres de pluma un político o un economista. No. Hace dos tardes me decía en Castellón el camarada Malraux, que entre el político y el escritor sólo había una diferencia de calidad de obra, de disposición mental, de método, en una palabra. El político y el escritor que merezcan tal nombre, deben coincidir, por vías distintas, como hemos coincidido ahora los asistentes a este Congreso con el impulso del soldado del pueblo. Uno y otro han de entender lo español —por ser lo universal— como un hecho totalizador, como una realidad transformadora del mundo. España es, más que tema, atmósfera; más que ocasión, necesidad. España es novela y tratado, poema y ensayo, teatro y crónica, porque es la vida mejor de nuestro día. Hunda en España su mano creadora el escritor hispanoamericano; húndala, sabiendo que ha de expresar en su obra la palpitación española, universal, con el hondo querer español de su vecindad esclavizada. No puede hablarse hoy de España sin hablar de la Argentina, de Cuba, de Venezuela, del Ecuador. No se puede combatir al fascismo sin atacar a su hermano gemelo el imperialismo. Y no se puede estar con España, que es caso trágico y urgente, sin estar con América, que es caso de humanidad, de libertad. Y no se puede estar con España y con Hispanoamérica, sino con todo el rendimiento útil del espíritu.

Yo os afirmo, escritores de toda la tierra, que el escritor de nuestras patrias sabrá ser español. Lo tiene en la sangre y en la conciencia. Ya no caben, por suerte, ni estrecheces ni resentimientos de los que dejó en América la insurrección contra la España de Alvarado, de Pizarro, de Weyler, de Franco y de Marañón, porque lo español es ahora un modo —excepcional— de ser hombre, una manera grande de herir la opresión totalitaria del dinero. A todo puede renunciarse, jamás a la hombría. Las Delegaciones hispanoamericanas en este Congreso me han hecho, por una de esas generosas equivocaciones, tan de nuestras gentes, su Responsable ante este Pleno. Ellas dicen por mi boca que entienden

y miden el tamaño de su compromiso y que lo aceptan. Así será, camaradas. Lo prometemos, fijo el recuerdo en un hombre que por escritor, por español, por hispanoamericano y por héroe, merece y exige nuestra mejor palabra y nuestra más comprometida decisión; en un cubano cuyo nombre, grabado en las paredes de esta sala, es orgullo y deber: Pablo de la Torriente Brau, camarada intachable en los mejores días de lucha, camarada ejemplar ahora en su presencia sin mudanza, camarada guiador en el alba que ya apunta, por Brunete y por Villanueva de la Cañada, en la claridad del triunfo de España y del triunfo del hombre.

ALGUNOS CONGRESISTAS

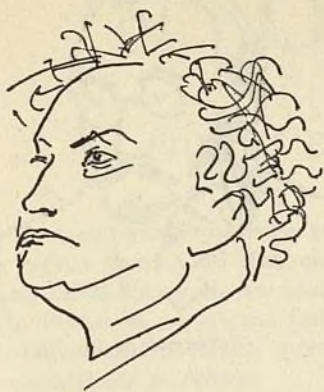
por Ramón Gaya



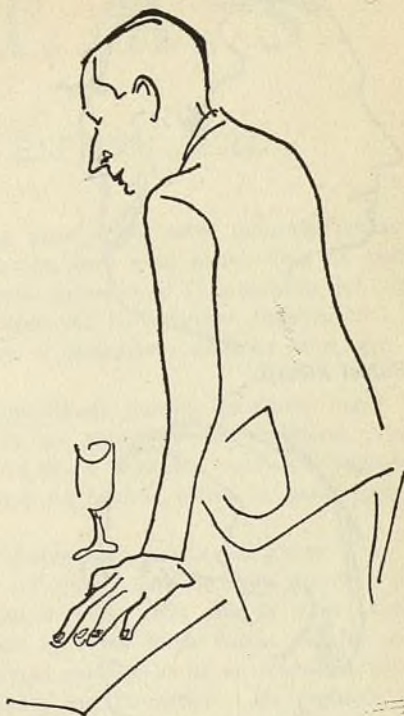
Víctor Fink.



José Mancisidor.



M. Andersen Nexø.



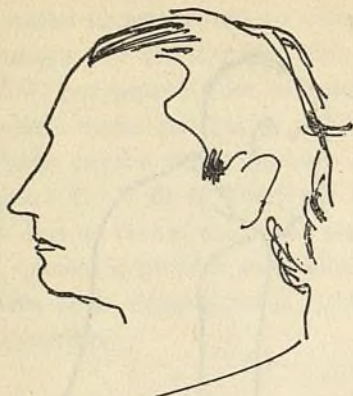
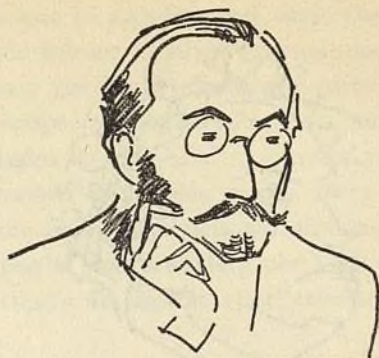
José Bergamín.



Anna Seghers.



María Teresa León.

*Rafael Alberti.**Fernando de los Ríos.**Seu.**Jef Last.**J. Benda.**Tristán Tzara.**Malcolm Cowley.*

NOTAS

POETAS EN LA ESPAÑA LEAL

No hace mucho publicaba esta revista unas líneas sobre nuestros poetas y su actitud durante los días que atravesamos, ante esta nueva hora de todos, como puede llamársela recordando el título quevedesco. La aparición del volumen *Poetas en la España leal*, con motivo del II Congreso Internacional de Escritores aquí celebrado, atrae de nuevo el comentario sobre el tema que en aquellas líneas se debatía.

En el sino de nuestra poesía contemporánea juegan insistente papel las colecciones antológicas; son bastantes ya las publicadas en el idioma propio o vertidas a otros extranjeros. Pero esta breve selección está probablemente llamada a tener un eco histórico, aunque no tuviese cierto el puramente literario.

No es que se trate solamente de un conjunto de poesías de guerra; no. Se trata, al mostrar la continuidad en el trabajo de cada uno de nuestros poetas en estos terribles días, de dar a conocer cómo cada uno de ellos expresa hoy la trágica realidad. El oficio del poeta es aquel donde hallan utilidad cosas desechadas como inútiles por las gentes más satisfechas de su sentido práctico. Y la realidad se nutre a veces de materia tan fantástica... Es probable que andando el tiempo el historiador que quiera dar voz expresa a la hazaña anónima del pueblo que ahora pelea, acuda a los versos de un poeta. Entonces el ciclo quedará ya completo y cerrado, unidos en un abrazo dos elementos que aunque juntos vivan parecen siempre ignorarse: la oscura fuerza tranquila y el luciente ímpetu extravagante.

Las páginas críticas que preceden los versos sitúan justamente cada nombre de poeta en el conjunto. Abre el paso la vieja generación con Antonio Machado, el andaluz dormido y castellano bien despierto. Todos lo conocen; no es necesario el comentario, y por lo demás sería deficiente, porque otros, con más lectura de su obra, pueden hablar mejor que el autor de estas líneas. Es lástima que juntamente con Machado no aparezca J. R. Jiménez. Como en el prólogo se indica, J. R. Jiménez ha estado desde el primer momento al lado de los poetas, lo cual equivale ahora a decir al lado del pueblo. Su nombre, el de uno de los más hondos y conscientes poetas españoles, está al menos visible así, ya que no esté con su poesía.

Los que a éstos siguen, Alberti, Altolaguirre, Gil-Albert, Miguel Hernández, León Felipe, Moreno Villa, Prados, Arturo Serrano Plaja y Lorenzo Varela,

están allí con sus voces diversas unidas en una misma angustia y un mismo dolor. Falta tan sólo Vicente Aleixandre, enfermo en Madrid, alejado por fuerza de su trabajo de poeta, ya que no de la poesía, lo único que en definitiva puede consolarnos a todos de tanta sombra acumulada sobre la luz y tierra españolas. Y pesa en cada página, como sombra impaciente, el recuerdo de Federico García Lorca. El una sombra... El, que era, más que hombre, desnuda fuerza natural nutrida de lo más sencillo y de lo más remoto del mundo. Pero silencio. Allí donde él esté, sea sombra o memoria, está también lo más hermoso de la vida.

En esta colección hay nombres de poetas que, por ser más jóvenes o de más reciente aparición, no habían figurado en otras antologías. Y precisamente el hecho de encontrar unidas en dichas páginas tres distintas generaciones, con diferentes preocupaciones estéticas, pero con una misma intención actual, da un valor histórico al libro. Mañana, cuando, entre esos poetas, aquellos que tengan la suerte de vivir nuevamente en pacífica y libre tierra española vuelvan a sus fatales rencillas y querellas literarias, tal vez no se acuerden de este libro que los unió a pesar de todo en un haz, pero el libro seguirá fiel a su espíritu por encima de todo y de todos.

Juan Gil-Albert, Miguel Hernández, Arturo Serrano Plaja, Lorenzo Varela, esos son los poetas más jóvenes a que antes aludía. Sus nombres eran ya conocidos de quien siguiera la evolución de nuestra poesía. Gil-Albert había publicado, hace poco más de un año, un libro de bellísimos sonetos, donde un claro sentido de la naturaleza iba expresando con voz de clásico abolengo, en la que se percibía, a veces, un dejo de Góngora y de Mallarmé. El momento más seguro de su trabajo coincide precisamente con la actual inseguridad de la vida española. Los versos que figuran en la colección comentada lo demuestran de evidente manera. Quien lea los poemas *A una casa de campo* y *A la vid*, ha de reconocer allí la presencia ineludible de un poeta. Y de un poeta que no se contenta con el trabajo, quizá más halagador para muchos, de la corriente lírica que brota simplemente en un temperamento bien dotado; su instinto y su inteligencia le llevan hacia una poesía difícil, donde tal vez el éxito sea menos inmediato. Pero ¿quién puede torcer los profundos designios de la vocación?

Un temperamento opuesto es el de Arturo Serrano Plaja. El grupo que inició la revista *Octubre* tuvo en Serrano Plaja uno de los más firmes adeptos. Su carácter, más amigo del arrojo apasionado que de la decisión contemplativa, le predisponía ya a la lucha. Todo el movimiento social español, que desde años atrás venía encrespándose hasta estallar en la guerra civil actual, ha tenido en Arturo Serrano Plaja, según la marcha de su edad, claro está, no un interesado espectador, como en muchos de estos poetas, sino un decidido actor. En su poesía ello se traduce por un ancho afán, por una voz que llama y atrae hacia su cauce lírico las más diversas realidades. Hay allí un

deseo de sentirse latir lo mismo ante una íntima efusión personal que ante el diario trabajo de las gentes humildes; de querer desintegrarse en todo a fuerza de ávida comprensión humana. En su poema *Lister* palpita una viva realidad española, y esa realidad va expresada con sobria altura lírica.

Hoy faltaría espacio para seguir comentando los restantes poetas; en otra nota puede hacerse más ampliamente. A Miguel Hernández, ya bien conocido y a quien elogió justa y públicamente J. R. Jiménez, corresponde detallado análisis. De Moreno Villa, de Alberti, de Prados, ya se ha hablado en otras ocasiones. Cierra el libro con tres poemas de ardiente vibración Lorenzo Varela, a quien muchos conocerían por unas interesantes y agudas notas críticas de *El Sol*.

Tal vez fuera curioso un estudio de nuestra evolución poética contemporánea, desde fines del pasado siglo hasta ahora. Cuántos cambios de expresión, cuántos nombres hundidos en el olvido y que sin embargo tuvieron éxito un día. Sería un ejemplo para nosotros. Si fuera posible distinguir el hilo mágico y perenne entre la uniforme trama gris. Ayer Villaspesa era el poeta para muchos y hoy apenas si se le recuerda. Esta es Castilla, que hace sus hombres y los deshace. Entre nosotros la literatura sólo tiene, cuando lo tiene, presente. Para el poeta muerto, por grande que fuese, no hay supervivencia posible. Hablando sólo de los más ilustres, ¿qué importan a los españoles vivos Garcilaso o Bécquer? Baudelaire o Keats viven aún en el aire, en los serenos cielos que se alzan sobre la tierra donde vivieron. Pero en el tumultuoso y terrible aire español la sombra luminosa de nuestros poetas no puede brillar y pronto se hunde en los infiernos del olvido.

Si por fatal destino no les salva su talento, a estos que hoy forman el volumen *Poetas en la España leal*, tal vez les salve en la memoria futura el recuerdo de la tempestad a través de la cual se alzaron sus voces, asombradas unas y otras confundidas.

LUIS CERNUDA.

REPRESENTACIÓN DE MARIANA PINEDA

Con motivo del II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, el poeta Manuel Altolaguirre puso sobre las tablas del Teatro Principal de Valencia, la primeriza obra de Federico.

Una de las cosas que quiero señalar más fuertemente, es que nunca se ha manejado el nombre de Federico García Lorca con más derechos y con más motivos que esta vez. Homenaje total al riente poeta perdido, ya que no sólo era exterior, sino que también andaba, vivía el homenaje en lo más dentro, en

lo más oculto y diminuto. Tanto, que empezando por la modista que cosió los trajes —costurera también de *Yerma* y de muchas piezas representadas en «La Barraca»—, toda, toda era gente suya. Podría decirse que la obra de Federico, que Federico mismo se encontraba a sus anchas entre amigos tan ciertos. Y, sin embargo, a juzgar por la escasa y mala crítica periodística, nadie se ha dado cuenta de la tierna significación que tiene, por ejemplo, el hecho solo de que un poeta —quién sabe si el más alto poeta actual— representase el papel de «Don Pedro».

Al levantarse el telón, ya se nos premiaba con un decorado finísimo y muy gracioso. Porque Víctor Cortezo puso, tanto en los decorados como en los trajes, su gran sensibilidad.

En cuanto a los actores, cuatro, por lo menos, deben señalarse: Carmen Antón, María del Carmen Lasgoity, Blanca Chacel y Luis Cernuda. La primera *encontró* una Mariana abatida, caída como un ramaje roto, a tientas por su casa y su alma, sonámbula y llena de misterio —ya que allí donde Margarita Xirgu empleaba su sabiduría dramática, ella puso misterio y espesura—, resultando con ello una Mariana más sutil, más triste, más rara. Se me dirá que no era así Mariana Pineda verdadera, pero ya Federico no supo ni quiso saber atrapar el personaje en su exactitud, dejándolo tan indeciso, que apenas si es algo más que unas bellas exclamaciones, que una hermosa versificación.

Y cuando en el segundo acto aparece «Don Pedro», todos comprendimos quién había salido a escena realmente, ya que empleaba un amor y un respeto tan grandes en recitar los versos de su papel, que sólo un poeta, otro poeta, podía así decirlos.

Blanca Chacel, muy justa, y también María del Carmen Lasgoity con su dulcísima voz, ya voz famosa cuando Federico la llevaba en su teatro rodante.

Y a partir de esto que estamos diciendo se le pueden quizá discutir a la representación algunas cosas, pero sólo a partir de estas otras. Porque se ha dado el caso de que en la prensa —en esa misma prensa que pedía no hace mucho una mayor dignidad teatral— se haya dejado pasar esta *Mariana Pineda* tan distinta de todo, como si se tratase de algo igual a todo.

R. G.

CONCIERTO SINFÓNICO DE MÚSICA ESPAÑOLA

Con ocasión del II Congreso Internacional de Escritores, la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la defensa de la Cultura organizó un interesante concierto, con la cooperación de la Orquesta Sinfónica de Valencia, que se dió en el Teatro Principal en honor de los congresistas.

Valencia, la vieja Castilla, el País Vasco, Murcia y Madrid, estaban representados por los autores de las obras que formaban el programa, y en orden al carácter y orientación de las mismas se ofrecía también desde la música nacionalista y regional, y, en otro aspecto, desde la música programática más o menos descriptiva, hasta la música pura o, por mejor decir, la *música en sí*, estos, desprovista—y consiguientemente *depurada*—de segundas intenciones artísticas, de impresionismos, expresivismos, argumentos, onomatopeyas ni mixtificaciones.

Manuel Palau, el ya reconocido y notable compositor valenciano—seguiré en la mención el orden del programa—, dirigió su graciosa «Marcha Burlesca», escrita primeramente para orquesta de saxofones e instrumentada después para el conjunto, forma en que la estrenó hace poco tiempo la Orquesta Sinfónica, bajo la dirección del maestro Izquierdo.

El compositor madrileño Enrique Casal Chapí, cuyo apellido materno tiene una ejecutoria en los fastos de la música española que no ha menester de elogios, nos ofreció las primicias de su «Preludio y Rondó», obra recentísima en parte y, en realidad, reciente del todo, porque el «Rondó» fué escrito en la primera quincena de julio del pasado año—bien que teniendo in mente la totalidad de la obra, y así lo revela la unidad de su desarrollo temático—, presentando aquel fragmento para obtener, como fué logrado, el primer Premio de Composición correspondiente a dicho curso en nuestro Conservatorio Nacional, y completando la obra con el «Preludio», expresamente para este concierto.

La fluidez y el corte clásico del «Preludio», el movimiento, la soltura y el desembarazado juego contrapuntístico del «Rondó» y la firme y segura orientación hacia la Música por la Música misma—sin desdén para el tema popular, pero cuidando de estilizarle y de captar sus prístinas esencias—, hacen merecedora a esta producción de un imparcial elogio que no debe regatearse a Casal Chapí. Además, en ella se confirma una ya vieja tesis que enunció cierto filósofo, cuyo nombre, por varias razones, no me es grato citar en estos momentos: la de que el mejor discípulo de un maestro no es aquel que le sigue en la doctrina y continúa sus tendencias fielmente, sino aquel que le niega, entendiendo por negación un cambio más o menos profundo de orientación y aun, a veces, una superación intrínseca. Los maestros de Casal Chapí fueron, en el piano, una excelente concertista de gran espíritu romántico, la ilustre pianista gallega Emilia Quintero, que juzgaba indispensable narrar «el argumento de la obra» cuando interpretaba, a la perfección, una «Balada» de Chopin; y en la composición, el eminente Conrado del Campo, que ha buscado inspiración para su música poemática en las *Leyendas* de Zorrilla o en los endecasílabos que Dante dedicó a los amores de Paolo y Francesca.

También es de notar, respecto al «Preludio y Rondó» de Casal Chapí, que ha sabido defenderse no poco de las influencias, bien diversas, más o menos en boga entre los compositores contemporáneos: post-impresionismos, ravelismos,

strawinskysmos, atonalismos y demás *manierismos* al uso y al abuso. Y no es este, en verdad, poco mérito, tratándose de un compositor novel.

El primer tiempo de la fragante y diáfana «Suite Murciana» que el maestro Pérez Casas dedicó a su tierra, era el número final de esta primera parte del concierto, y sirvió para que al aparecer ante el atril el ilustre director de la Orquesta Filarmónica de Madrid, y al terminar la interpretación de su obra, el público le ofrendase las muestras de una admiración cariñosa.

Música oída siempre con gran interés y avalorada ahora, como otras veces, con el extraordinario concurso del gran pianista valenciano Leopoldo Querol, fué la «Obertura concertante para piano y orquesta», de Rodolfo Halffter, obra por demás interesante, bien representativa de una tendencia españolista un tanto arcaizante—vino nuevo en odres viejos—, bastante afin con los modos scarlatianos.

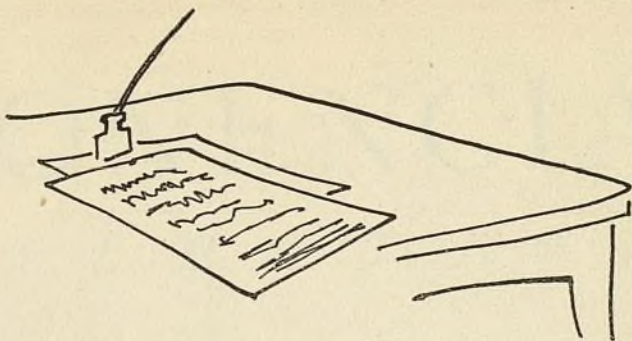
En otra orientación, bien distinta y bien distante, oímos después dos fragmentos de «La tragedia de doña Ajada», que escribió Salvador Bacarisse, con la soltura y buena técnica constructiva que le son características, sobre el poema de perros y gatos en que Manuel Abril renovó, en cierto modo, la tradición de los clásicos poemas de Villaviciosa y de Lope. Por ello en la escueta versión sinfónica se echan de menos los dibujos de Armada y la linterna mágica que forman parte del aparato que el interesante argumento requiere.

Con profunda emoción escribo aquí el nombre del autor de «Evocaciones» de temas populares de la vieja Castilla, instrumentadas para orquesta y dirigidas en este concierto por Julián Bautista. ¡Pobre Antonio José! ¡Con cuánta competencia y con cuánto fervor de tradición y de españolismo trató las canciones y danzas del saber musical del pueblo castellano! ¡Fué un cultivador entusiasta en la música del *Mester de Jogleria* y del *Mester de Clerecia* a la vez—música popular y música sabia—, que celebraba no hace muchos años en Burgos una deliciosa fiesta castellanísima de paz, de amor y de cultura exquisita, en loa del ciego Francisco Salinas! ¡Amaba a la música del pueblo y al pueblo mismo y se nos ha dicho que este amor le ha costado la vida!

Cerró el concierto, y bien merecía en verdad este lugar preferente del programa por el carácter brillante de la obra, al que se unía el prestigio reconocido del compositor y director de orquesta Pedro Sanjuán, «Iniciación», tiempo de la suite sinfónica «Liturgia negra», lleno de vigor rítmico, de colorido orquestal y de acierto en la estilización del tema *lucumí*, perteneciente al folklore afro-cubano que inspira este movimiento como uno de los más característicos de los cinco que dentro del mismo género y procedencia temática constituyen la suite, al que se añaden «Changó», «Canto a Oggun», «Elegua» y «Babaluayé».

JOSHE MARI.

V I S A D O P O R L A C E N S U R A



HORA DE ESPAÑA

REVISTA MENSUAL

AVDA. PABLO IGLESIAS, 12 — VALENCIA — TELÉF. 16062

CONSEJO DE COLABORACIÓN

LEÓN FELIPE. JOSÉ MORENO
VILLA. ANGEL FERRANT. ANTO-
NIO MACHADO. JOSÉ BERGA-
MÍN. T. NAVARRO TOMÁS. RA-
FAEL ALBERTI. JOSÉ F. MON-
TESINOS. ALBERTO. RODOLFO
HALFTER. JOSÉ GAOS. DÁ-
MASO ALONSO. LUIS LACASA.

REDACCIÓN: M. ALTOLAGUIRRE. RAFAEL DIESTE.
A. SÁNCHEZ BARBUDO. J. GIL-ALBERT. RAMÓN GAYA.
MARÍA ZAMBRANO. A. SERRANO PLAJA. ANGEL GAOS.

SECRETARIO: *ANTONIO SANCHEZ BARBUDÓ*

SUSCRIPCIÓN ANUAL EN ESPAÑA Y AMÉRICA, 12 PTAS.
SUSCRIPCIÓN ANUAL EN OTROS PAISES, 18 PESETAS

PONENCIA COLECTIVA

PONENCIA

C O L E C T I V A

A. SANCHEZ BARBUDO
A N G E L G A O S
ANTONIO APARICIO
A. SERRANO PLAJA
ARTURO SOUTO
EMILIO PRADOS
EDUARDO VICENTE
JUAN GIL - ALBERT
J. HERRERA PETERE
LORENZO VARELA
MIGUEL HERNANDEZ
MIGUEL PRIETO
R A M O N G A Y A

PONENCIA

C O L E C T A N E A

A. SANCHEZ BARBUDO
A N G E L G A O S
ANTONIO APARICIO
A. SERRANO PLAJA
ARTURO SOUTO
EMILIO PRADOS
EDUARDO VICENTE
JUAN GIL-ALBERT
J. HERRERA PETERE
LORENZO VARELA
MIGUEL HERNANDEZ
MIGUEL PRIETO
R A M O N G A Y A

PONENCIA COLECTIVA

LEIDA POR ARTURO SERRANO PLAJA

Tal vez resulte extraño o lo que es peor, artificial y forzado ante vosotros, que tanto significáis y tanto significa vuestra noble actitud al venir a España; tal vez resulte extraño o artificial, repetimos, el hecho de que queramos manifestarnos como lo hacemos, en grupo, en común. Por eso antes de seguir adelante queremos explicar con toda claridad el cómo y el por qué de esa serie de nombres que aparecen encabezando estas palabras.

Y resulta que, cuando hubimos de reunirnos para decidir o no nuestra participación activa en el Congreso, independientemente de que esta participación, luego de acordada por nosotros, fuese o no aceptada; cuando pensamos discutir quién de entre nosotros podría, llegado el caso, representarnos; cuando buscábamos, en fin, la forma más coherente y adecuada para sentirnos representados como era nuestro propósito y aspiración en este Congreso, que tanta importancia ha de tener para la cultura, en general, y, en particular, creemos, para la cultura española, surgió de un modo absoluto y literalmente espontáneo este criterio de hacerlo colectivamente, ya que colectivos y comunes eran nuestros puntos de vista en todas las cuestiones que nos parecieran más esenciales y objetivas.

Siendo así, como real y verdaderamente ha sido, nada se oponía a que en común fijásemos y discutiésemos nuestros puntos de vista, a que en común trazásemos las directrices que cada uno de nosotros, individualmente, había pensado como fundamentales en torno a los problemas de nuestra cultura, amenazada por el fascismo y a que, común y colectivamente, en fin, se manifestase nuestra voz en este Congreso.

Hecha esta aclaración, nadie puede pensar—si acaso había alguien que lo pensaba—que nuestro propósito ha sido inspirado en otro torpe, fácil y demagógico, de querer presentar externa-

mente unido, por originalidad, por falso colectivismo hábilmente preparado, lo que interiormente era disgregado y distinto.

Y esto que es así, este hecho de sentir verídicamente unido ante algo y para algo lo que pudo ser o ha sido tan distinto y disperso en otras ocasiones, saltando por encima de nuestro personalismo, es ya alguna de las muchas cosas que la revolución, la extraordinaria lucha que mantiene nuestro pueblo, del que nos sentimos inefablemente orgullosos, nos regala y nos afirma como un primer punto de exaltada preferencia. Porque lo que menos importa ya es el hecho en sí mismo de que este grupo, este total, absolutamente integrado, no sólo por distintos significados de sensibilidad, no sólo por distintas concepciones de nuestra profesión y decidida vocación de artistas, escritores y poetas, sino por individuos que, como procedencia social, puedan marcar distancias tales como las que hay entre el origen enteramente campesino de Miguel Hernández, por ejemplo, y el de la elevada burguesía refinada que pueda significar Gil-Albert; lo que importa, verdaderamente, es la profundísima significación que muy por encima de nosotros tiene ese mismo hecho referido a la totalidad española y que es el siguiente: ante la guerra, ante la lucha de nuestro pueblo por mantener como enunciado primordial de su contenido su independencia nacional, todo cuanto no es contra-español, todo cuanto no sea traición malvendida al capitalismo sin patria, todo cuanto no sea bursátilmente contrahumano, diríamos se siente hoy, en España, uno y lo mismo, ante el hecho mismo de la Revolución.

Pero, además, aparte este hecho que hoy no sólo nos une para problemas estrictamente culturales, "si es que es posible entender por cultura una categoría definida, **estrictamente cultural** y al margen de los hechos vivos, reales y diarios", humanamente pretendemos que hay entre nosotros otros nexos de unión de tal índole, que son los que verdaderamente nos autorizan, por más que no sean por entero producto de nuestra propia voluntad para hablar hoy aquí. En su conjunto podríamos expresarlos al decir: somos distintos y aspiramos a serlo cada vez más, en función de nuestra condición de escritores y artistas, pero tenemos de antemano algo en común: la Revolución española que, por razones de coincidencia histórica, nace y se desarrolla simultáneamente con nuestra propia vida. O mejor: nacemos y nos desarrollamos simultáneamente con el nacimiento y desarrollo de esa Revolución. En las

trincheras se bate, de seguro, la gente que tiene nuestra misma edad, en mucha mayor proporción que otra cualquiera. Y si por el momento nosotros mismos no estamos allí, no quiere esto decir que no hayamos estado unos, que no vayamos a estar de modo inmediato otros, y que no hayamos vivido, todos, en plena, consciente, disciplinada e incondicional actividad, los dramáticos momentos de nuestra lucha. No queremos con esto hacer, ni hacemos, naturalmente, monopolio de la heroica voluntad de lucha de todo el pueblo español. Pero sí queremos decir, con todas esas razones, que tenemos, no ya un derecho, sino que nos consideramos con el deber ineludible de interpretar, con nuestro pensamiento y sentimiento, el pensar y el sentir de esa juventud que se bate en las trincheras y que ardientemente reclamamos, por nuestra, la misma medida, y con la misma pasión con que nosotros nos consideramos suyos: de esa juventud, y listos para estar con ella dónde, cómo y cuando sea, sin alardes inútiles, sin prematuro heroísmo, sino serenamente, como esa misma juventud a la que por destino pertenecemos.

De esa juventud que, en ese sentido, es la nuestra (y que podríamos determinar como la juventud de la República, la juventud que en más o en menos presta su servicio militar en el histórico período en que se proclama por segunda vez la República española), tomamos alto ejemplo e inolvidable lección, y sólo estimaremos nuestro fin conseguido en la medida en que sepamos devolver a esa juventud, cuando ya no lo sea, en nuestra obra futura, en forma de creación artística y literaria, los mismos valores humanos que con su acción enaltecedora, en su caliente sangre generosa nos afirma hoy en la actuación, ya que no podemos decir aun **obra** que nos defina.

Porque al decir antes que tenemos algo en común—la Revolución—, no aludimos solamente a la lucha actual del pueblo español, a la lucha armada que comienza el 18 de julio de 1936, sino a la totalidad histórica del fenómeno, que alcanza sus máximas dimensiones, su dramática plenitud, en la lucha actual del pueblo español contra el fascismo internacional. Pero esta lucha, naturalmente, no se produce, como nada en la historia, de un modo súbito, casual e inesperado, sino que ha venido fraguándose lentamente.

La lucha actual tiene su pasado inmediato en todo un proceso que, si por fuerza tiene que haber influido en toda la vida es-

pañola —si acaso la vida española no es, en sí misma, por lo menos a partir del año 17, ese mismo proceso—, con mucho mayor motivo tiene que haber influido en lo que por definición era su resultado social: la juventud, entonces adolescencia, que paralela y simultáneamente **procedía a desarrollarse**. Aquella adolescencia era esta juventud ya reiteradamente aludida.

Y aquel proceso, que no intentaremos caracterizar totalmente, por entenderlo innecesario, sino en un solo aspecto, es el que precisa y rigurosamente nos define. Más angustiosamente que nunca ese proceso implicaba un problema que, en muy distintas formas, viene rodando por el suelo, con diversos nombres, desde hace, por lo menos, cuatro siglos: desde que Martín Lutero, razonablemente, plantea la necesidad de hacer el libre examen de los textos sagrados.

Si verdaderamente la colisión comienza fundamentalmente ahí, la fe y la razón, o la voluntad y la razón, como luego ha de enunciar Dostoiewski, se excluyen, se oponen violentamente; la razón **exige categóricamente**, y la voluntad **quiere apasionada, divinamente**. No hay manera de conciliarlas. Y la tesis teológica de que la fe, de origen divino, puede y debe ser contenida en una razón que procede igualmente de la divinidad, no llega a ser sino una tesis.

El choque es cada vez más violento: la razón **no se explica la voluntad**, y, a su vez, la voluntad **no quiere la razón**. Y, volviendo a nuestros días, que ya, y cada vez más afortunadamente, son **aquellos días**, el problema sigue latente.

Intentaremos, para poder mantenernos dentro de las obligadas dimensiones de estas líneas, limitar el enunciado del problema al último período de España. Precisamente a ese que por cogernos en medio de dos, como bandos en lucha, ha determinado en todos nosotros, por instinto de conservación, angustiosamente, una necesidad de soluciones a las múltiples ecuaciones dramáticas que por el hecho de nacer teníamos planteada. Y ese período es, por un lado, el de los comentaristas y los puros; por otro, el de un confuso revolucionarismo. No había soluciones comunes; las que satisfacían por entonces la cultura negaban la vitalidad, y a la inversa. En el pueblo veíamos el impulso, pero solamente el impulso y éste creíamos no bastaba.

Poéticamente, diríamos, los signos que se nos ofrecían desde ese lado no podían satisfacer todo un perfeccionamiento rá-

pido; por ejemplo, las últimas consecuencias de todo un mundo: el subrealismo.

Una serie de contradicciones nos atormentaban. Lo puro, por antihumano, no podía satisfacernos en el fondo; lo revolucionario, en la forma, nos ofrecía tan sólo débiles signos de una propaganda cuya necesidad social no comprendíamos y cuya simpleza de contenido no podía bastarnos. Con todo, y por instinto tal vez, más que por comprensión, cada vez estábamos más del lado del pueblo. Y hasta es posible que política, social y económicamente, comprendiésemos la Revolución. De todos modos, menos de un modo total y humano. La pintura, la poesía y la literatura que nos interesaba no era revolucionaria; no era una consecuencia ideológica y sentimental, o si lo era, lo era tan sólo en una tan pequeña parte, en la parte de una consigna política, que el problema quedaba en pie. De manera que, por un lado, habíamos abominado del escepticismo, mas por otro, no podíamos soportar la ausencia absoluta y total.

En definitiva, cuanto se hacía en arte, no podía satisfacer un anhelo profundo, aunque vago, inconcreto, de humanidad, y por otro, el de la Revolución, no alcanzaba tampoco a satisfacer ese mismo fondo humano al que aspirábamos, porque precisamente no era totalmente revolucionario. La Revolución, al menos lo que nosotros teníamos por tal, no podía estar comprendida ideológicamente en la sola expresión de una consigna política o en un cambio de tema puramente formal.

El arte abstracto de los últimos años nos parecía falso. Pero no podíamos admitir como revolucionaria, como verdadera, una pintura, por ejemplo, por el solo hecho de que su concreción estuviese referida a pintar un obrero con el puño levantado, o con una bandera roja, o con cualquier otro símbolo, dejando la realidad más esencial sin expresar. Porque de esa manera resultaba que cualquier pintor reaccionario—como persona y como pintor—podía improvisar, en cualquier momento, una pintura que incluso técnicamente fuese mejor y tan revolucionaria, por lo menos, como la otra, con sólo pintar el mismo obrero con el mismo puño levantado. Con sólo pintar un símbolo y no una realidad.

El problema era y debía ser de fondo; queríamos que todo el arte que se produjese en la Revolución, apasionadamente de acuerdo con la Revolución, respondiese ideológicamente al mismo contenido humano de esa Revolución, en la misma medida, con la

misma intensidad y con igual pasión con que se han producido todos los grandes movimientos del espíritu. Porque incluso en la música, la más abstracta de las artes, la única que ni directa ni indirectamente puede referir conceptos, se ha logrado una tan perfecta adecuación en momentos determinados de la historia como la que supone Bach para el cristianismo; Chopin, para el romanticismo, etc. Y todo lo que no fuese creado con esa misma relación absoluta de valores, todo cuanto fuese "simbología revolucionaria" más que "realidad revolucionaria", no podía expresar el fondo del problema.

La revolución no es solamente una forma, no es solamente un símbolo, sino que representa un contenido vivísimamente concreto, un sentido del hombre, absoluto, e incluso unas categorías, perfectamente definidas como puntos de referencia de su esencialidad. Y así, para que un arte pueda llamarse, con verdad, revolucionario, ha de referirse a ese contenido esencial, implicando todas y cada una de esas categorías en todos y cada uno de sus momentos de expresión; porque si no, hay que suponer que el concepto mismo de la revolución es confuso y sin perfiles y sin un contenido riguroso. Si no es así, si apreciamos sólo las apariencias formales, caeríamos en errores que, en otro cualquier plano, resultan groseramente inadmisibles. Como, por ejemplo, decir que es revolucionario dar limosna a un pobre. Todo eso sería tomar el rábano por las hojas y sólo por las hojas. Y, en último término, sabemos que, muy comúnmente, en esa piedad del limosnero hay no poca hipocresía y, "siempre", una concepción del mundo, según un tal orden preestablecido, "que, como pobre que no va nunca a dejar de serlo, hay que ayudarlo".

Pues bien; en el terreno de la creación artística y literaria, no es posible tampoco que lo más rico objetivamente, lo que tiene más posibilidades en el porvenir, admita una limosna, por más que sea bien intencionada en cuanto a voluntad personal. No queremos—aunque lo admitamos en cuanto a las necesidades inmediatas que para nada subestimamos, ya que de ellas dependen todas—una pintura, una literatura, en las que, tomando el rábano por las hojas, se crea que todo consiste en pintar o en describir, etcétera, a los obreros buenos, a los trabajadores sonrientes, etcétera, haciendo de la clase trabajadora, la realidad más potente hoy por hoy, un débil símbolo decorativo. No. Los obreros son algo más que buenos, fuertes, etc. Son hombres con pasiones, con

sufrimientos, con alegrías mucho más complejas que las que esas fáciles interpretaciones mecánicas desearían. En realidad, pintar, escribir, pensar y sentir, en definitiva, de esa manera, es tanto como pensar que hay que emperifollar algo que realmente no necesita de afeites, es pensar y sentir que la realidad es otra cosa.

Pues bien; nosotros declaramos que nuestra máxima aspiración es la de expresar fundamentalmente esa realidad, con la que nos sentimos de acuerdo poética, política y filosóficamente. Esa realidad que hoy, por las extraordinarias dimensiones dramáticas con que se inicia, por el total contenido humano que ese dramatismo implica, es la coincidencia absoluta con el sentimiento, con el mundo interior de cada uno de nosotros.

Decimos, y creemos estar seguros de ello, que, por fin, no hay ya colisión entre la realidad objetiva y el mundo íntimo. Lo que no es ni casual ni tampoco resultado sólo de nuestro esfuerzo para lograr esa identificación, sino que significa la culminación objetiva de todo un proceso. En la medida que el pueblo español, por "la fuerza de la sangre", recobra sus valores tradicionales (esto es, aquella parte de su tradición que es un valor, aquella tradición que es positiva), esa integración se produce espontáneamente, como un regalo, cosa que no podía suceder en tanto que no llegase este mismo momento; porque hasta él había tan sólo, por un lado, la lucha, la guerra, pero sin los altos valores que puede tener y que tiene hoy nuestra guerra; y por otro, la sola esperanza.

Sólo a partir de un hecho mayor, como es hoy la guerra de la independencia; sólo a partir de una realidad con categoría de realidad, de entidad real y humana, podía producirse una integración mayor, una identificación absoluta, una adecuación total del pensamiento y de la acción del mundo íntimo y de la realidad objetiva, de la realidad y de la razón. Porque hoy, al menos así lo entendemos nosotros, la voluntad quiere exactamente aquello que la razón exige, porque, a su vez, la razón, precisamente por razón, sólo exige la voluntad, la buena voluntad de Sancho Panza, cuando ésta está ya quiotizada, cuando ya también Sancho quiere aventuras. Si es cierto que esa misma oposición a que nos venimos refiriendo se ha encarnado en Don Quijote y Sancho, hoy en España queremos entender la razonabilidad de Sancho implicando y coincidiendo con la caballerosa voluntad de Don Quijote. Porque hoy la revolución española lucha por la nada desde-

ñable—contra lo que creen ciertos apasionados— organización racional de su existencia, por el acoplamiento, conforme a razón, de un mundo que excluya el desorden racionalmente capitalista, inhumanamente monopolista, pero, además, lucha con toda su voluntad, con todo el esfuerzo de su mayor pasión posible: la pasión que se sabe consciente y razonable, la pasión que sabe que tiene razón. Y por eso la voluntad nuestra—que más o menos también es nuestra—tiene razón, es congruente con la razón. Hoy en España—y no es esta la victoria menos importante alcanzada sobre el fascismo—, nuestra lucha en todos sus matices, responde a un contenido de pensamiento con una expresión de voluntad. Los hechos, cada vez más, son asumidos y resumidos en formas coherentes de pensamiento. Se produce una poesía poética, absoluta, en cuanto a calidad, y una pintura y una creación intelectual, en suma, cada vez más apasionada y cada vez más inteligible.

Pensamos en la función del artista, del escritor, íntima y forzosamente ligada al ambiente que la rodea y en posesión, por el hecho de nacer de un cúmulo de experiencias que el hombre ha conseguido, en otras ocasiones, de un modo definitivo, para el resto de la humanidad.

Y hoy en España, junto a esa experiencia que late como en potencia en todos los instantes de todo el mundo, nos hallamos ante un hecho de tan alto valor humano que enriquece esta misma experiencia y que permite, además, la plena, positiva y consciente incorporación de aquellos valores que en otro momento, sin este movimiento de espíritu, hubieran permanecido latentes, verdaderos, pero inoperantes, como dormidos, y la revolución española es el despertar, no sólo a la historia, sino a la vida misma de esos valores. “El hombre se ha perdido a sí mismo”, dice Marx. Y lo que hoy hace revolucionariamente es encontrarse a través de la intrincada maraña de perdición que es el capitalismo, que el hombre mismo había inventado precisamente, por terrible paradoja, para, en otro atolladero de su historia, poder continuar su camino.

La revolución se decide, en el fondo, por la actualización de los valores eternos del hombre, y precisamente por esto éramos revolucionarios antes de poseer una concepción concreta de la revolución: porque más que nada esperábamos eso, deseábamos ese “sacudimiento extraño que agita las ideas”, esa verdadera y vivísima inspiración histórica que viene a coincidir absolutamente con la definición becqueriana de la inspiración poética.

Esos valores eternos se concretan hoy en unas categorías humanas perfectamente decidibles y absolutamente reales. Son la opresión más elemental y, por lo tanto, más hondamente verdadera de todo un mundo en actividad o poniéndose o imponiéndose a otro, cuya fundamental característica es la de cultivar todo aquello que permita conservar su pasividad fundamental. La serie: campesinos, trabajadores, heroísmo, solidaridad, etc., tienen, del otro lado, su contrapartida, al decir: guardias civiles, señoritos, terror coactivo, ayuda financiera, etc., y en la misma medida que aquellos valores poéticos y, por lo tanto, esencialmente humanos, determinaban en nosotros su ambición, esto es, la irrenunciable ambición de hacerlos verdaderos, en esa misma medida estuvimos dispuestos a conseguirlo realmente, de toda una política que condujese a ellos. Si ese esfuerzo implicaba o no esos valores, si la política entendida en ese sentido implica o no la poesía, es cosa que no nos importa demasiado desentrañar. Para nosotros, efectivamente, la implica, la lleva consigo, por lo que no es, en sí misma, la misma poesía.

De ahí nuestra actitud ante el arte de propaganda. No lo negamos, pero nos parece, por sí sólo, insuficiente. En tanto que la propaganda vale para propagar algo que nos importa, nos importa la propaganda. En tanto que es camino para llegar al fin que ambicionamos, nos importa el camino, pero como camino. Sin olvidar en ningún momento que el fin no es, ni puede ser, el camino que conduce a él. Lo demás, todo cuanto sea defender la propaganda como un valor absoluto de creación, nos parece tan demagógico y tan falto de sentido como pudiera ser, por ejemplo, defender el arte por el arte o la valentía por la valentía. Y nosotros queremos un arte por y para el hombre y una valentía miedosa, que sólo es valentía en tanto que tiene un motivo para serlo, en tanto que tiene un comienzo esforzado, para llegar a un fin victorioso. El valiente de otra manera, corre el peligro de la chabacana valentía sin objeto, de la valentía profesional.

Esa valentía y ese esteticismo y ese propagandismo puros, ya que se ha dicho, son tan nocivos como el agua pura, como el agua químicamente pura, y pertenecen a un pasado que para nada interesa perpetuar. La revolución ha acabado con él. Y, además, tan generosamente, que no distingue ni quiere distinguir de cuanto se produce hoy en España, de lo que es producto de un esfuerzo perseverante y consciente y de lo que es mera coincidencia espe-

cial. Hoy se comienza todo. Lo que tenga vida vivirá y lo muerto quedará muerto. Pero la revolución no pone trabas, y el heroísmo del pueblo español es hoy tema por igual para todos e igualmente legítimo. Sólo los que ahora no hagan el esfuerzo necesario de comprender la verdad, de tener conciencia verdadera de las cosas de la sangre, se hundirán en su propia comunidad de coincidencia en la frase, pero no en el contenido.

Por nuestra parte, de esa revolución que rompe con el pasado, queremos ir a la tradición. Queremos aprovecharnos de todo cuanto en el mundo ha sido creado con esfuerzo y clara conciencia, para, esforzadamente, enriquecer, siquiera sea con un solo verso, con una sola pincelada, con una sola idea que en nuestro convivir logremos, esa claridad creciente del hombre. Porque, efectivamente, somos humanistas, pero del humanismo éste que se produce en España hoy. Del que recoge la herencia del humanismo burgués, menos lo que este último tiene de utopía, de ilusión engañosa sobre el hombre y la sociedad, de pacifismo, de idealismo en desuso y casi pueril; no podemos fiarnos de un progreso que se hiciera por sí sólo; no podemos admitir el pacifismo en esta época de guerra, que sólo nos permite entrever el fin de las guerras capitalistas y el advenimiento efectivo de la paz, por la revolución. Entendemos el **humanismo** como aquello que intenta comprender al hombre, a todos los hombres, a fondo. Entendemos el humanismo como el intento de restituir al hombre la conciencia de su valor, de trabajar para limpiar la civilización moderna de la barbarie capitalista que "en la práctica—dice Unamuno en su ensayo "La Dignidad Humana"—ha trazado una escala de gradación para estimar el trabajo humano y se ha fijado en ella un punto cual cero de la escala, un punto terrible en el que empieza la congelación del hombre, en el que el desgraciado o el adscrito va lentamente deshumanizándose, muriendo poco a poco, en larga agonía de hambre corporal y espiritual, entretejida". "Y así sucede que el proceso capitalístico actual—sigue Unamuno—, despreciando el valor absoluto del trabajo y con él el del hombre, ha creado enormes diferencias en su justipreciación. Lo que algunos llaman individualismo, surge de un desprecio absoluto, precisamente de la raíz y base de toda individualidad, del carácter específico del hombre, de lo que nos es a todos común. Los infelices que no llegan al coro de la escala, son tratados cual cantidades negativas, se les deja morir de hambre y se les rehusa la dignidad humana".

El humanismo que defendemos, el que nace ahora en España, es, por excluir todo eso, más amplio que el otro, y, por su lucha, verídico, viril, renovador, heroico. Es un humanismo, en todo caso, cuya definición exacta y, por así decirlo, teórica, no puede hacerse sino en la medida misma que se producen ciertos hechos empíricos, vivos y diarios que son los que realmente decimos. Porque vive de realidades y no de supuestos, su existencia misma depende de la existencia del hombre como hombre, esto es, liberado de todo cuanto no sea una confección del mundo en la que el hombre es, ciertamente, el valor esencial. Hecho hoy tan ligado a la batalla del pueblo español, que podríamos decir que este humanismo es, existe, en tanto que el pueblo español, como expresión de voluntad razonable, tiene existencia y cuyo mayor o menor desarrollo, se podrá establecer y discutir sólo con el triunfo definitivo de nuestro pueblo. De ese humanismo implicado así en nuestra lucha, nos consideramos nosotros activos militantes. Y ponemos a contribución, para afirmarlo, cuanto nos es dable: Desde nuestra voluntad a nuestra juventud, entendida esta última, no como una abstracción parada, estática; no como juventud afirmada tan sólo en un hecho cronológico y por lo tanto anacrónico, viejo, sino como posibilidad de esfuerzo y de acción. En sí mismo no hay razón para que la juventud sea preferible a otra edad, a la hombría o a la infancia. Sólo por su capacidad, si lo consigue, de mayor esfuerzo consciente, es, puede ser, una edad preferible a otra; cosa que suele ocurrir en la llamada de la juventud. Y nosotros, que ahora somos jóvenes, pero que **vamos viviendo**, que tenemos y pretendemos tener la conciencia de nuestro tiempo, no queremos perderlo pensando tan sólo que somos jóvenes; porque mañana no lo seremos, y si no hemos realizado esas posibilidades por las que se suele definir la juventud, no habremos tenido juventud. Porque no queremos ser en su día esos viejos, viejos desde su nacimiento, que no se han dado cuenta de **cómo se iba el tiempo**, esos viejos que han perdido siempre el tiempo, su tiempo, el que debieron haber definido con su acción y que, por su omisión, los define a ellos tristemente.

Para no incurrir en ese anacronismo, queremos dar sentido a nuestra juventud. Y queremos dárselo con sólo darnos a nuestro pueblo, con sólo interpretar su lucha como participantes en ella. Porque esa lucha encierra, en sí, las mayores posibilidades, las más grandes perspectivas, los más apasionados contenidos de conciencia. **Con sólo ganar la guerra—nada más y nada menos—la**

revolución más formidable y positiva se habrá operado en el mundo; porque, claro, con sólo ganar la guerra, una serie de hechos objetivos, tangibles, quedarían afirmados y afirmando todo un orden distinto y mejor en una nueva ordenación social; con sólo ganar la guerra, y esto es lo más importante, la conciencia de todos y cada uno de los hombres, partiría de unos supuestos, no nuevos, sino eternos, pero eternamente inactivos, teóricos, abstractos.

Basta haber vivido en España. Basta, por ejemplo—y como ejemplo lo citamos solamente, ya que podían elegirse otros innumerables—, haber estado en Madrid durante los dramáticos días de noviembre para saber que todo lo que ocultaba al hombre en cada hombre, todo lo que solamente era costumbre doméstica, hábito empequeñecido, mezquindad cotidiana, ha sido superado por las necesidades de la lucha. Cada mujer, cada hombre, cada niño, se han sentido, en Madrid, con la muerte tan a su lado, que todo cuanto no fuese lo más elevado y noble de su conciencia, le resultaba un peso muerto, sin sentirlo. El hombre ha despertado y tiene conciencia de su despertar; sólo negándose, en la derrota, puede perderse esa conciencia y dejar de ejercerse; sólo con ganar la guerra se afirmará y proseguirá un camino para el que pone impulso ganado en la lucha.

Por eso, cuando se oye hablar de felicidad como aspiración, uno sabe perfectamente que, entre nosotros, la ambición es mucho mayor: ganar la guerra, que es conquistar la categoría de hombre, la dignidad humana, cosa mucho más importante y mucho más difícil. Porque no es posible creer que al hombre le bastase, caso de que fuera posible, con ser feliz, so pena de dejar de ser hombre; en realidad, por esa felicidad, ya sería el hombre, limitado, un infeliz, como dice nuestro pueblo.

Por eso nosotros, jóvenes escritores, artistas y poetas, para conquistar esa categoría humana a que aludimos, no sólo, claro está, para nosotros, sino para todos los hombres, declaramos aquí, en un Congreso de Escritores, precisamente, que como escritores y artistas y como hombres jóvenes, luchamos, disciplinada, serena y altivamente, sin demagogia, sin truculencia, allí donde el pueblo español, del que lo esperamos todo, nos diga, a través de sus órganos de expresión democrática, allí donde nos diga el Gobierno Español, que es hoy algo mucho más importante que un gobierno.

Y como jóvenes, precisamente para tener el derecho de intentar la interpretación de toda una juventud heroica, disciplinada y

consciente, que se bate en nuestras trincheras, ligándonos a lo que hoy, en España, es verdadera y concretamente joven: La Alianza de la Juventud, en la que nos sentimos real y verdaderamente interpretados en todo cuanto se refiera a las necesidades de la lucha, que, para nosotros, son hoy los fundamentos, los cimientos del hombre.

Y de una manera general, por fin, queremos excluir de nosotros, como forma de actuación, todo cuanto no sea un sentido de estricta, rigurosa y concretísima responsabilidad, exigida y defendida, simultáneamente, como una necesidad y una garantía: Una garantía, la que significa poder apelar a esta responsabilidad, cuando algo o alguien pretenda actuar fuera de ella. Una necesidad la de actuar en nombre de algo más importante que nuestro propio, personal y exclusivo criterio.

Así, con una responsabilidad serena y una consciente y voluntaria disciplina, queremos colaborar con nuestro pueblo a ganar la guerra, a conquistar por ese único hecho, sólo y sencillamente: el hombre.